

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2 - Número 11 - Junio de 2021

CUENTOS:

«Crímenes virales»

Eduardo Contreras Villablanca

«El ejército de los hombres lobo»

Pablo Rumel Espinoza

«Microcuentos Negros»

Lorena Díaz Meza

Juan Pablo Ramírez

RESEÑAS:

*Una visión desde México
de la Ciencia-Ficción
Chilena*

Por Wilberio Mardones

*La sangre y los cuchillos
(Simón Soto)*

Por Hache

CÓMIC:

MAX CANALLA

Guion: Vancho

Dibujos: Kampf



EXTRAS:

La pequeña entrevista policial por Marcos Campbell

«El caso de la esposa del novelista» cuento clásico de Luis Enrique Délano

«Tantos libros noir, ¿murieron en vano?», artículo por Bartolomé Leal



03 / CUENTO

CRÍMENES VIRALES

Eduardo Contreras Villablanca

07 / RESEÑA

UNA VISIÓN DESDE MÉXICO
DE LA CIENCIA FICCIÓN CHILENA

Wilberio Mardones

09 / CUENTO

EL ÉJERCITO DE LOS
HOMBRES LOBO

Pablo Rumel Espinoza

11 / RESEÑA

LA SANGRE Y LOS CUCHILLOS

Hache

13 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL

Marcos Campbell

14 / CUENTO

MICROCuentos NEGROS
SELECCIÓN

Lorena Díaz M. / Juan Pablo Ramírez

17 / CÓMIC

MAX CANALLA
Vancho / Kampf

23 / ARTÍCULO

PATRICIA HIGHSMITH,
LA INDOMABLE
Fernando López

25 / CUENTO CLÁSICO

EL CASO DE LA ESPOSA
DEL NOVELISTA

Luís Enrique Délano

33 / ARTÍCULO

TANTOS LIBROS NOIR,
¿MURIERON EN VANO?

Bartolomé LEal

EDITORIAL

Poderes de la novela

A menudo se plantea el dilema de la legitimidad literaria de nuestro género *noir*. No vamos a pretender que tenemos la respuesta definitiva, pero podemos recurrir a la visión de un experto en narrativa. Por ejemplo, el ensayista y latinoamericanista francés Roger Caillois. Lo puso en un libro que se titula así: *Poderes de la novela*.

Al analizar movimientos artísticos de vanguardia del siglo XX, como el simbolismo o el surrealismo, Caillois plantea que terminaron por arribar a callejones sin salida, tras haber dado frutos en poesía lírica o artes plásticas. Sin embargo su legado no se perdió, pues llegaron los novelistas a depredar: «La novela, sin demasiadas preocupaciones teóricas, se permite todas las licencias, ensaya todas las audacias, acrecienta siempre sus alcances y sus ambiciones. Se diría que se enriquece de todo lo que las demás artes pierden, desdeñan, abandonan o arruinan».

En tal contexto, afirma el sociólogo francés, la libertad del novelista es total para picar información de cualquier lado, distorsionar e interpretar, ridiculizar la realidad y dar rienda suelta a los engendros de su imaginación. En función de la necesidad de sus tramas, actúa con impunidad. Cuando se ha dado cuenta que frente a él se halla una cantera inagotable de materia prima dispuesta a que se le dé forma, el novelista, según Caillois, «se aboca a reportar lo que ha experimentado o vivido».

No es ocioso señalar el predominio tardío de la novela en la literatura, que eclosiona en el siglo XIX. Para Caillois esto se debe al desarrollo del folletín de aventuras, género narrativo omnívoro, popular, propio de la prensa y del cual se sirvieron los más grandes narradores. Allí está la matriz misma del *noir*.

Opiniones de Roger Caillois: a menudo la novela es más eficaz cuando está mal escrita, un estilo demasiado elaborado la puede arruinar. El sentido inmediato de las palabras es lo que cuenta, la ciencia de juntarlas bien puede ser dejada de lado. Inferimos, leyendo a Caillois, que la curiosidad es la principal arma del novelista, elemento clave para un género que abarca tantas dimensiones, desde lo universal a lo íntimo. Si esa curiosidad no se despierta, más vale dedicarse a otra cosa, que en materia de prosas somníferas no faltan aportes.

Pues bien, acá vamos con este nuevo número de **Trazas Negras** que trae de todo lo que acompaña al objetivo central de nuestros escritores del género negro, que es la novela. Tenemos pues cuentos, reseñas, el cómic, artículos y entrevistas.

Bartolomé Leal
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

A Manuel Carrasco. Gracias por el chateo que originó esta historia

Desvelado en la cuarentena, Marcelo recordó de pronto a Sergio Onofre Jarpa.

¿Estaría vivo todavía ese carcamán? No había escuchado noticias sobre su fallecimiento. ¡A buscar en internet! Eso era lo bueno de la era Covid, había tiempo para googlear con calma. Pasó a la cocina a servirse un vaso de whisky y luego recorrió el pasillo hacia el escritorio al fondo de la casa. Al pasar junto a su habitación vio que su esposa ya dormía.

Tecléo el nombre del veterano, las primeras noticias describían los hechos que llevaron a la muerte a decenas de personas bajo su gestión como Ministro del Interior de Pinochet, un triste record de veinte y nueve asesinados en sólo dos días de protestas durante 1983, y eso sin contar muchos otros crímenes bajo su mandato. Un artículo describía el debut del personaje en política, en los años cuarenta del siglo anterior, coqueteando con el nazismo... ¡Uf!

Sacó la cuenta de que el tipo, al inicio de la pandemia, ya tenía noventa y nueve años. Claramente estaba dentro de la población vulnerable. Se terminó el vaso de whisky y pensó que por ahí debería estar el veterano, vivo aún, pegando para Matusalén, mientras los descendientes de algunas de sus víctimas ya estarían cayendo en las garras, o más bien antenitas, del virus.

Marcelo decidió irse a la cama. Trató de meterse con sigilo, para no despertar a Marta. Luego de un rato roncaban a placer y con cierta sincronía.

Al despertar, se percató de que ella ya se había levantado, un agradable olor café llegaba desde la cocina. Era el rito desde el inicio de la cuarentena. En las noches él se quedaba hasta más tarde, navegando sin ton ni son por el ciberespacio, y ella se acostaba apenas terminaban las noticias de CNN. En las mañanas Marta se levantaba

casi media hora antes que él. No había sido esa la rutina antes de la pandemia.

En aquella antigua normalidad, que ahora le parecía tan lejana, Marcelo era el primero en levantarse, entraba al trabajo antes que Marta. Se dio una ducha rápida y caminó hacia la cocina. La mesa estaba puesta, y ella veía las noticias.

Antes de saludarlo, su esposa lo miró y le dijo a boca de jarro.

—Se murió Sergio Onofre Jarpa, por el coronavirus.

Quedó paralizado a la entrada de la cocina, como si ante él descendiera una nave extraterrestre. Miró las imágenes en pantalla, eran otras noticias, lo típico: entrevistas a médicos, colas frente al banco, un cité repleto de inmigrantes haitianos contagiados.

Cuando apareció el pequeño presidente contorsionándose con sus movimientos epilépticos ante las cámaras, salió del estupor y tomó el control remoto para cambiar de canal.

Se sentó sin decir nada. A Marta no le llamaría la atención, tras las primeras semanas de cuarentena la conversación a la hora del desayuno había colapsado y se reducía a no más de un par de saludos. Conversaban más animadamente sólo cuando se conectaban por Skype con alguno de sus tres hijos.

Luego de terminar su café se fue al escritorio, a googlear noticias sobre la muerte de Jarpa. Se pasó la mañana en eso. El tipo siempre le había parecido odioso, pero un cierto sentimiento de culpa lo atenzaba. Se dijo que era ridículo. Había sido una mera casualidad, una coincidencia tan fortuita como cuando años atrás lo chocara un delincuente que huía de los carabineros.

Después de almorzar, dedicó la tarde a «tele trabajar» concentrado, tratando de no recordar el asunto. A las seis en punto se levantó, pensando en que mientras no se lo

exigieran no pensaba regalarle tiempo extra a la empresa. Caminó hacia la cocina y atrapó del cuello a la botella de whisky que ya iba por la mitad, se sirvió una cantidad generosa y agregó hielo del dispensador de la nevera.

Al rato, divagaba frente al computador, de vuelta en su escritorio. Se empinó al seco el resto del whisky y entró al navegador. Tecleó el nombre de la vieja Pinocha.

Se zambulló en la lectura de artículos sobre la casi inmortal viuda del dictador. Salían sus conocidos orígenes políticos cercanos al Partido Radical, sus ancestros vascos y franceses, el desprecio de su familia de clase media hacia el milico que ella elige como prometido, su influencia sobre él cuando ya se ha transformado en tirano...

Sólo un par de veces trató de frenar la compulsión que lo impulsaba a seguir con el rito, luego de la segunda caminó hasta la cocina para servirse otro vaso de whisky.

Volvió sacudiendo el hielo en el vaso y se concentró en la vieja. Noventa y siete años, poquito menos que Jarpa.

Recordó los miles de memes que circulaban por Whatsapp cada fin de agosto, en los que aparecía la veterana sonriente, anunciando que una vez más había sorteado con éxito ese mes frío que diezma a la población anciana de Chile.

La imaginó dando a su marido la orden de sumarse al golpe de estado, y luego la vio postrada y asistida por un ventilador mecánico.

Se empinó al seco el vaso y se fue acostar.

Al día siguiente despertó temprano, antes que Marta. Se abalanzó sobre su celular y vio que tenía más de treinta mensajes de Whatsapp. Abrió el del grupo de ex compañeros de la universidad. Había muerto la viuda del genocida, por neumonía, la autopsia había dado resultado positivo al test del Covid19. Sintió que transpiraba a pesar de que la mañana era bastante fresca.

Descartó de plano conversar el tema con Marta. La había visto muy frágil de ánimo desde el inicio de la pandemia, se emocionaba y lloraba por cosas nimias, como ese día en que no encontró el antiguo carnet de cuando era niña y que conservaba como amuleto. No, si llegara a saber del rito del whisky más internet, con los pensamientos para invocar al virus, se podría aterrar.

Ese segundo día decidió que no debía seguir con el juego. Siempre había tenido escrúpulos con desearle la muerte a alguien. Alguna vez, cuando el monstruo aún vivía, Marcelo llegó a desearle un final violento, y había sido uno de los miles que salió a festejar a la Alameda cuando el ex dictador falleció en el año 2006. Pero estas

dos últimas muertes nunca habían formado parte de sus obsesiones.

Durante los días siguientes se logró concentrar en el diseño de un galpón para una fábrica de tuberías. Se quedaba hasta tarde en las noches, concentrado en los ángulos, las columnas y sus capiteles, mientras probaba con las opciones de su software CAD. La llegada del fin de semana lo sorprendió más tranquilo.

Pero el sábado en la tarde descubrió que evitaba pensar en alguien a quien le pudiera desear la muerte. En un momento en que Marta estaba suficientemente lejos, en el patio, dijo en voz alta:

—Son dos putas coincidencias, eso nada más. El mundo está patas arriba, lleno de revueltas por todos lados, con países importantes liderados por imbéciles puestos a prueba por una plaga bíblica, pero no se puede haber trastocado el planeta a tal punto que yo tenga el poder de matar gente con el virus de forma telepática. ¡Puras huevadas!

Terminó de hablar solo y se dirigió a la cocina a buscar un whisky. Se le había metido en la cabeza el cura Raúl Hasbún. Caminó rápido hacia el escritorio y ya en el pasillo comenzó a beber. Cuando lo googleó, los miramientos y reservas previos habían desaparecido, relegados quizás a qué zona de su subconsciente. Leyó sobre la trayectoria del sacerdote diocesano, su pelea con el cardenal Raúl Silva Henríquez, la tozuda defensa a Pinochet a la que se consagró en dictadura, y ya en democracia las apologías al pedófilo Paul Schafer.

Marcelo se preguntó si acaso la defensa del alemán nazi violador de niños, tendría relación con lo que seguramente Hasbún sabía (y quizás había practicado), acerca del poco cristiano abuso contra niños por parte de la alta jerarquía eclesiástica, que se conocería años después. Lo invadió un rencor amargo, se tragó los restos de whisky y deseó ver al veterano cura de ochenta y seis años manoteando desesperado por una bocanada de aire.

Ese sábado se dijo que ahora sí que, de ocurrir de nuevo, la cosa ya no sería casual. ¿En quién más podría pensar el domingo? ¿Donald Trump? ¿Jair Bolsonaro? ¿Jovino Novoa? Tardó en quedarse dormido y tuvo pesadillas. Soñó que lo perseguían unos temblorosos seres tipo zombis, sacudidos por las toses secas del Covid19. Despertó, nuevamente con sentimientos de culpa. Marta ya se había levantado. Miró el celular en la cómoda y se asustó al ver decenas de mensajes: por el primero ya se pudo informar de que Hasbún había fallecido por coronavirus.

Si las muertes anteriores lo habían desconcertado, la del cura fascista lo descompuso. ¿Qué habría dicho su madre? Menos mal que nunca lo sabría, ella que siempre fue toda bondad, «*haz el bien sin mirar a quien, ama a tu prójimo como a ti mismo, perdona a los que te ofenden...*».

Luego lo asaltó otro temor: ¿y qué tal si con el tiempo iba ampliando el círculo de víctimas hacia personas menos nítidamente malvadas? Si seguía deshaciéndose de los que le resultaban odiosos... ¿cuál era el límite? ¿Quién vendría después de arrasar con las momias vivientes de la dictadura chilena, y seguir con los anti líderes tipo Trump? ¿Hasta dónde podría llegar? Pensó por ejemplo en Waldo, el tontón de su jefe, ¿sería capaz de lanzarlo a las garras del coronavirus? ¿A su suegro que siempre lo miró en menos?

No era posible. Quizás estaba soñando, se pellizcó fuerte en el antebrazo y el dolor fue como una bofetada de realidad.

En la tarde del domingo Marcelo se sintió tan angustiado que pensó en destrozarse su computador, así no podría hacerlo de nuevo. Le pareció más viable esa destrucción que tirar a la basura lo que quedaba de la botella de whisky. Estaba en esas cavilaciones cuando Marta le avisó que Adela, su hija mayor, los llamaba por Skype.

La conversación fluyó entre madre e hija, él se limitaba a asentir con la cabeza y a intervenir con monosílabos. Mientras ellas hablaban él seguía dándole vueltas al asunto: si no era capaz de abandonar el rito, quizás incluso podrían llegar a detectar su papel en los casos. ¿Le po-

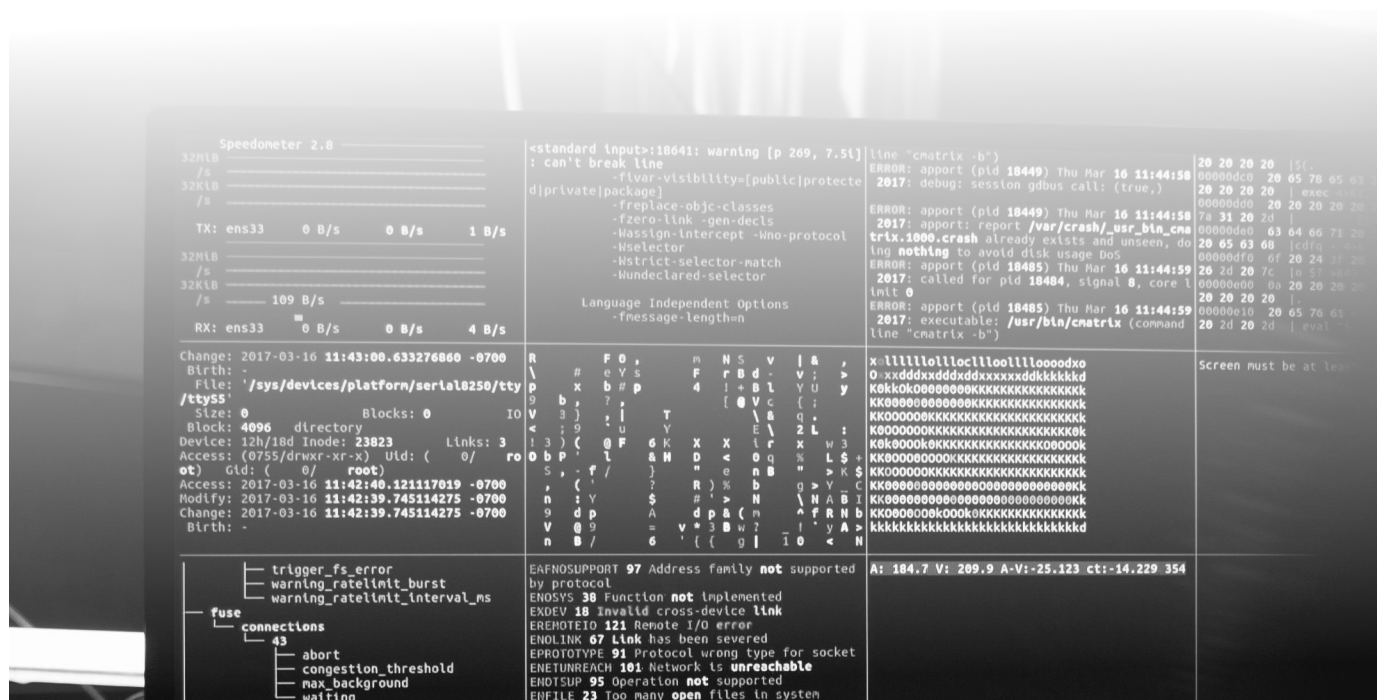
dría llamar la atención a alguien las muertes secuenciales de los dinosaurios de la dictadura? Si se metía con Trump y Bolsonaro capaz que la CIA cayera en algún momento sobre él. Volvió a pensar en romper el computador e incluso en deshacerse del alcohol.

La caída de la noche lo sorprendió angustiado. Estaba en la cocina pensando si tomaba o no la botella. Por alguna razón la imagen de su suegro comenzó a taladrarle el cerebro. Eso de que ambos fueran arquitectos no había contribuido a que tuvieran una buena relación. Don Rolando aparentemente se consideraba el mejor arquitecto de Chile. Criticaba abiertamente a Marcelo por ser empleado de una empresa de diseño industrial. «¡Eso no es arquitectura!» había dicho una vez. El hombre ya tenía más de ochenta años...

—¡No! —exclamó— No puedo seguir matando gente... menos a mis familiares.

Sacó la botella, abrió la puerta que daba al antejardín y la lanzó contra el muro de ladrillos que los separaba de la casa vecina. Sintió un alivio cuando estalló en pedazos y el licor chorreó por la superficie. Esa noche no fue al escritorio ni abrió su computador. Marta casi todas las noches veía películas en Netflix en la sala de estar, se dirigió hacia allá, justo estaba comenzando un antiguo espagueti western de Django, con Franco Nero. Se sentó a su lado y vieron la película.

Durante la semana pudo concentrarse en el trabajo. El jueves le tocó ir al supermercado, había obtenido el correspondiente salvoconducto. Mientras conducía la obse-



sión lo atrapó de nuevo. ¿Compraría o no una nueva botella de whisky?

Media hora más tarde, de regreso a casa, no se sentía mejor. La botella de Jack Daniels sobresalía desde la gran bolsa con provisiones.

Al día siguiente despertó cansado, casi no había dormido. No logró concentrarse lo suficiente como para tele trabajar en serio, se limitó a responder los correos más urgentes, y se excusó de una reunión vía Zoom con su equipo, pretextando que tenía otra con un potencial cliente.

El atardecer lo sorprendió camino a la cocina en busca de su botella. Mientras se servía pensó en el fiscal Torres Silva, el favorito del tirano, actualmente preso por secuestro y asesinato. Antes de tomarse el primer trago, tuvo un estremecimiento. «Cuando ya no tengas más personajes despreciables a mano, ¿cargarás con gente a la que nadie le está deseando la muerte?». La senda del pasillo se le hizo interminable. Al llegar, se sentó frente al computador. «¿Dónde termina esto Marcelo?» Tratando de evitar un nuevo crimen, navegó buscando clásicos antiguos del cine en Youtube, vio el corto de Sherlock Holmes *Estudio en escarlata*, con Peter Cushing como protagonista. Más tarde, preocupado por las muertes recientes y su participación en ellas, se googleó a sí mismo tecleando con fuerza, en busca de noticias, ya fueran recientes o sobre su breve participación en política en la época de la dictadura.

Bebió un largo trago de whisky, sacudió la cabeza y googleó al fiscal Torres: Se informó de cómo el siniestro

personaje inició sus tropelías encabezando consejos de guerra el mismo año 1973, de su obstinación contra la Vicaría de la Solidaridad, y sus peticiones de muerte para los militantes del FPMR. Bebió lentamente el resto de su trago mientras se informaba del pasado del hombre, hoy condenado a diez años.

Pasada la medianoche del viernes fue a su habitación y se metió silenciosamente en la cama para no despertar a Marta. No pudo conciliar el sueño. Había dudado en tomar las armas en la época de la dictadura, por no sentirse capaz de matar a otro ser humano, y ahora los despachaba entre medio de unos tragos.

A las seis de la mañana vio su celular, no había muchos mensajes en sus grupos, y los que vio eran memes relativos a la cuarentena. Marta aún dormía. Se levantó en puntas de pie y se fue al escritorio. Buscó en google, escribió «fiscal Torres Silva» y le salieron varias noticias relativas a su condena y posterior detención años atrás, nada sobre su muerte, el tipo vivía. Dudó de todo, buscó de nuevo a Jarpa, la viuda y el cura. Sí figuraban las noticias de sus defunciones.

Había perdido el toque mágico. Pensó que el coronavirus le daba vuelta la espalda, se equivocaba. Esa misma mañana comenzó la tos seca. Al anochecer ya le estaba subiendo la temperatura. Quizás no había guardado la suficiente distancia en la cola el día que fue al supermercado. TN

Eduardo Contreras Villablanca

Ha publicado cuentos en revistas y antologías, entre otros en la revista Pluma y Pincel el 2005, en las antologías *Plaza Italia* de Mago Editores el 2006, y en *¡Basta! Más de 100 hombres contra la violencia de género* de Editorial Asterion el 2012 (reeditado en inglés el año 2017). El cuento «El mate soñado» fue publicado en el libro *Memoria, Participación, Democracia del INDH y el Museo de la Memoria* (2013). Su cuento «Antes del anochecer» forma parte de la compilación *Santiago Canalla* (Espora Ediciones 2019). Ha recibido el Primer Premio de Novela de la Municipalidad de Santiago el 2002, y el Primer Premio del concurso «Fantoques» el 2017 en Cuba. Entre 2007 y 2017 formó parte de taller literario de Poli Délano. Ha publicado las novelas *Don't Disturb: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias* (Mago Editores, 2005) y *Será de madrugada* (CEIBO editores, 2015). El libro *Cuentos urgentes para Nueva Extremadura* fue publicado por la editorial Espora el año 2016. En el año 2019 publica *La verdad secuestrada* (Mago Editores – Espora) a cuatro manos con Cecilia Aravena Zúñiga. También a dúo es su novela negra *Estación Yungay*, en la colección «La Otra Oscuridad» (Espora -Rhinoceros).



Una visión desde México de la Ciencia-Ficción chilena

Por Wilberio Mardones

La UNIdiversidad (REVISTA DE PENSAMIENTO Y CULTURA DE LA BUAP, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México) ha producido un número especial octubre-diciembre 2020 dedicado a la Ciencia-Ficción (CF) chilena. Estamos en presencia del dossier más variado y ambicioso sobre la producción nacional en el género de cuantos han aparecido en los últimos años, lo que convierte esta publicación en un hito relevante para nuestras letras.

Un marco histórico

Una primera parte está compuesta de ensayos y crónicas sobre los primeros años de nuestra CF, de Francisco Miralles (*Desde Júpiter*, 1878) y David Tillman (*Espejo del futuro, ¿1876?*) a Hugo Correa. Moisés Hasson presenta antes que nada a los autores pioneros, no necesariamente autores dignos de resaltar, aunque importantes para el desarrollo futuro del género en Chile. Este texto se constituye en una fuente irremplazable de la historia antigua y reciente del CF criolla.

Según Moisés Hasson, que escribe desde su perspectiva de coleccionista y estudioso de las publicaciones de CF, el desarrollo del género en Chile ha sido «errático y difícil de valorizar», aunque según él «han surgido notables obras y autores». Menciona la influencia de las revistas que tradujeron importantes autores sobre todo del ámbito anglosajón, como *Más Allá* con sus 48 números entre 1953 y 1959, así como las ediciones de *Nebulae* en España; además de *Fantaciencia* y *Minotauro* en Argentina. Hoy en día son bocado de coleccionistas en nuestro país.

Hay coincidencia en que la gran figura chilena del género es **Hugo Correa**, aunque publicó apenas seis libros



en 25 años, de calidad más bien dispar. Pero son en conjunto lo más destacado de lo que Hasson considera la «edad dorada» de la CF en Chile. El segundo escritor en importancia es **Antoine Montagne**, con tres libros de narrativa y una revista efímera, *Espacio Tiempo*, que por los años 60 se limitó a dos números con «traductores nacionales». Otros autores dignos de mención son Ernesto Silva Solar, Elena Aldunate (la única mujer cultora de la CF clásica en Chile) y Raimundo Chaigneau.

Luego con el título «Aproximaciones» viene una amplia reseña de la época que hemos llamado clásica de la CF chilena, por uno de sus autores más destacados

como es **Edward Grove** (seudónimo de Eduardo Soto Díaz). Se detiene en Hugo Correa para señalar su importancia como autor mayor del género. El trabajo de Eduardo Soto Díaz en la revista en comentario menciona al autor, digamos post «edad dorada», más relevante en Chile: **Diego Muñoz Valenzuela**. Su saga del cyborg no puede sino considerarse hoy en día un hito insoslayable del género, con una temática actualizada, suspenso y humor, sólida escritura y coherencia tecnológica. No por nada Muñoz es ingeniero civil y cultor del género negro. Aunque también descuella el propio Soto Díaz, que con su pseudónimo Edward Grove ha publicado dos novelas distópicas recientemente re-editadas.

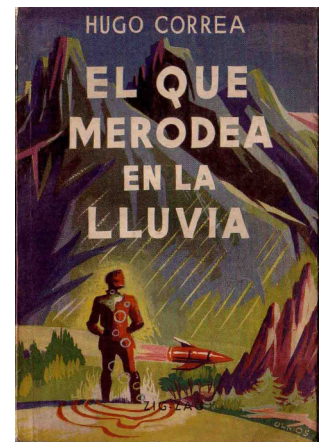
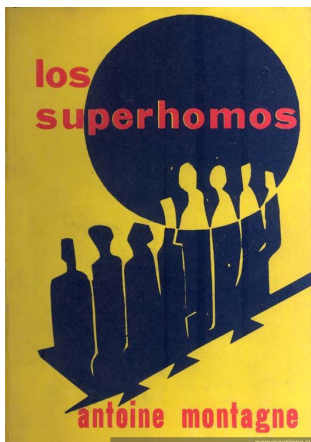
Sigue, a cargo de Marcelo Novoa y Marco Esperidión, un vistazo al grupo de autores del actual milenio, por lo general al amparo de emprendimientos editoriales no siempre sustentables. Marcelo Novoa publicó en 2006 *Años Luz*, un «mapa estelar» de la CF en Chile. El género, según Novoa, era un «constante homenaje a los padres putativos de la CF anglosajona», lo cual se complementaba con el «asunto del subdesarrollo científico y tecnológico. La CF dura no es la protagonista de nuestro futuro».

Edward Grove añade por su parte: «En Chile prácticamente no se lee la CF». Sin embargo, encontrar clásicos del género es difícil, incluso en las librerías de viejo. Aquellos bellos libros deben estar sepultados en las bibliotecas particulares de fanáticos de otrora, que cabecean acunados por las emanaciones del papel manchado de lunares y los prodigios que asoman tímidos de sus páginas.

Ciencia Ficción a la chilena

La segunda parte de la revista es una selección de ocho relatos (seis hombres y dos mujeres) desde los setentas y hasta el presente, tarea a cargo de la coordinadora del dossier, Johana Lozoya, que dan cuenta de su mirada sobre el proceso. Son «Incursiones» de Myriam Phillips (1978), «Electro Teresa de San Silicón» de Alexis Figueroa (2006), «Fractales» de Sergio Meier (2007), «Cuentos de guerra» de Marcela Ponce Trujillo (2016), «Máscaras urbanas. Una crónica verdadera» de Francisco Ortega (2006), «Afuerinos» de Daniel Villalobos (2000), «Los que no vuelven» de Gabriel Mérida (2007) y «País de poetas» de Gabriel Saldías Rossel (2019).

Esta selección de cuentos por autores y autoras nuevos (respecto a los pioneros y clásicos) da un atisbo de los temas y preocupaciones de los cultores contemporáneos de la CF en Chile. No está claro sin están todos/as quienes deben estar, pero la muestra es interesante. Cabe agregar, para no alargar esta reseña, los capítulos dedicados al cómic, la ilustración y otras expresiones de la CF en Chile. Cabe también ponderar las ilustraciones y el diseño. Muchas imágenes enriquecen la revista mexicana, en particular portadas de los libros reseñados, algunas magníficas, como para correr a las librerías de segunda mano o las bibliotecas para conseguirlas y así disfrutar de los ensueños, pesadillas y visiones de los escritores nuestros que han honrado este género inmortal de la CF. **TN**



El ejército de los hombres lobo


Pablo Rumel Espinoza

El huevón era alucinado: robaba cables de los postes de alumbrado público, kilómetros y kilómetros, contrataba a otros choros como yo, y pa qué querís tanta plata le preguntaba, y el conchesumadre decía que iba a financiar su propio ejército. ¿La puede creer, usía? No estamos en México huevón, le decía, estamos en Chile. Leí que en México los narcos se echan a setenta mil almas en un año... ¡en un solo año! Allá tienen una población que nos supera cinco veces, y si tomas una calculadora, en Chile tendrían que matar a una quinta parte para que podamos hablar de lo mismo, unos dieciocho mil huevones muertos en secuestros, balaceras y atentados, y allá no se conforman con dispararle un tiro en la nuca, pero no, no llegamos a ese número ni cagando. Hay muertes, usted sabe, y también sabe que en Chile hay huevones malos, como en todo el mundo, pero sin las mismas conexiones y la plata que hay en México; con el poder de allá, de seguro que estaríamos lleno de huevones cuáticos con automáticas atemorizando en las poblas con ejércitos privados, agarrándose a cabras chicas y sobornando a la yuta con sumas cuantiosas, no con doscientas lucas, hablo de millones, mojando a alcaldes, a políticos, a gente como usted, y cuando no, amenazándolos de matarles a media familia. Este huevón no era más que un pobre diablo; daba miedo el culiado eso sí, perdone el vocabulario. Es verdad, aunque mirándolo fijamente no era más que un viejo pelado de ascendencia italiana. Hablaba todo el tiempo de guerras, de antepasados legionarios romanos que mataban a cristianos en los coliseos, de cruzados que cegaban cuellos y a punta de espadaos se abrían hacia oriente recuperando tierra santa, de *condotieros*, mercenarios que teñían sus lanzas de sangre y mataban y violaban por fama y riqueza. Contaba que su abuelo había sido uno de los partisanos que ejecutaron a Mussolini, que antes de matarlo se lo habían violado en grupo y le habían

puesto una bayoneta en el hocico para intimidarlo y hacerlo cagar y mear en los pantalones. Veía mucha tele el conchesumadre. Todas esas huevadas uno podía creerlas o no, pero cuando contó que fue veterano en la guerra de Vietnam, con pelos y señas, era confirmar su delirio, usía. ¿A qué mierda iba ir un chileno a pelear en Vietnam? ¿Estuvo en la Legión Extranjera? ¿Un agente secreto en los años de Johnson? Si le preguntabas por detalles del Vietnam o cómo era la selva o qué armamentos usaba o en qué divisiones peleó, el huevón se reía, por lo general con una lata de Becker en la mano, el huevón siempre tomaba cerveza, todo el día, partía en la mañana con una, y pese a que era bravo para tomar, casi nunca se le veía curado, al voleo calculo que debía tomarse unas quince latas; de seguro que la grasa que se le acumulaba en la guata lo ayudaba a tener mayor resistencia etílica. Era común verlo con una cajetilla de cigarros aplastada en el bolsillo de su camisa y la eterna lata en sus manos. Era tráfuga, lo que se llama tráfuga, una vez el hijo de su madre montó un funeral falso para cobrar el seguro de vida de su mujer, una de las tantas locas que se vieron arrastradas por este miserable, y que tengo entendido, golpeaba, azotaba y la quemaba con colillas de cigarrillo: se ufanaba el huevón, la jeta se le abría y los dientes amarillos parecían estacas afiladas enterradas en el barro. Decía que le gustaba lo sado-masoca, y que debajo de su piel tenía algo monstruoso escondido, algo que se activaba con la luna, que era un licántropo, un hombre lobo. No tengo idea por qué tanto odio. No contaba detalles de su vida privada, salvo para jactarse de su supuesto pasado de combatiente y todo lo que ya he dicho. A la yuta la odiaba con pasión, a veces se le quebraba la voz cuando decía que su sueño era echarse a varios tiras. Lo cumplió el bastardo. La noche anterior a la mansa cagada que dejó, andaba con los ojos vidriosos, parecía volado, pero no, en un momento,

mientras estábamos viendo una película de Rambo, se levantó del sillón donde estábamos en su comedor, y me dijo que lo siguiera. Pensé que me iba a mostrar los cables de la corriente robados la noche anterior, pero no, ahí caché que este sujeto estaba piteado y que iba en serio: me llevó a su garaje, a la parte trasera de su camioneta roja y cuando descorrió unas lonas me encontré con la sorpresa: cuatro pistolas, dos subametralladoras y cientos de balas dentro de cajas y cartuchos. Yo he andado con armas su señoría, le he disparado a la yuta, care´raja, se lo confieso, pero esta huevada me superó. Soltó una risita, se lanzó un eructo, pero por la oscuridad no pude verle la cara, apenas la pelada que le brillaba por la luna, allá arriba dominando la noche, redonda y brillante como un plato de loza. ¿Qué vai a hacer con toda esta huevada huevón? Le pregunté, y el compadre masculló algo que no le entendí, pero habló de un reino de perros conectados con corriente y de un trono de huesos hecho con sus enemigos y de mansiones llenas de mujeres en pelotas, y qué él iba a ser el rey lobo, que iba a tener en su cabeza una corona hecha de cables de cobre, y que todos íbamos a ser sus súbditos o de lo contrario nos iba a mandar a matar o a culiar, que para un hombre con las huevas bien puestas significa lo mismo. El ejército de los hombres lobos triunfará, me dijo, y yo me quedé callado, nos tomamos la última cerveza, y temblando, porque estaba cagado de susto, no le voy a mentir, me fui.

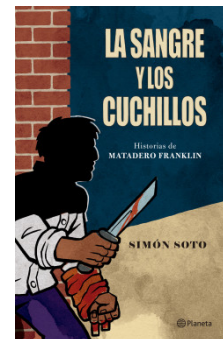
El 23 de marzo de 2011 cerca de las 13:30 pm, el sujeto que venía huyendo de funcionarios de Investigaciones fue abatido en dos intersecciones de la comuna de Independencia; fue ejecutado por un francotirador de la

Brigada de Reacción Táctica, quien parapetado en el tercer piso de un edificio público lo ultimó con dos proyectiles: uno dio en la clavícula derecha con alojamiento en la zona ósea, y otro en la parte parietal izquierda con salida de bala. El mando central determinó que luego de que el sujeto diera muerte a dos funcionarios por la espalda (al menos diez tiros a cada uno) durante un control rutinario policial, era imperioso eliminar al objetivo. Las alarmas se activaron, hubo una persecución que terminó con un funcionario herido a bala en la mano derecha, por lo que se mandó a ejecutar la orden terminante. Luego de los hechos, durante semanas aparecieron reportajes televisados y notas en la prensa que hablaban de la violenta historia del traficante de cables, quien había jurado que no se iría de este mundo sin matar al menos a un policía, promesa que cumplió con creces. El mismo día de su muerte, cuando una segunda patrulla fue hasta su domicilio para allanarlo, efectivos policiales estuvieron cerca de salir heridos o sufrir una nueva baja, pues descubrieron que en la puerta principal operaba un mortífero mecanismo: una escopeta amarrada con un cable tensionaba el mango de la puerta, y solo bastaba con abrirla para accionar la trampa. Horas más tarde, con presencia de la fiscalía, encontraron en la habitación donde el sujeto dormía un cuaderno tapa dura marca Torre, sus páginas estaban llenas de garabatos ininteligibles, recortes de mujeres desnudas, letras que podían ser canciones o poemas que hablaban de reinos de sangre, sillas eléctricas, torturas, mutilaciones y hombres lobos, muchos hombres lobos, dibujados o sugeridos en las letras. En cada página se apreciaba con una letra estridente, grande y nerviosa la firma del sujeto: Ítalo Nolli. 

Pablo Rumel Espinoza

Periodista y escritor (Santiago de Chile, 1983). Ha publicado novelas policiales con elementos de fantasía y ciencia-ficción, *El Secuestro de Robles Martínez*, *Secuencia Chobart* y *Atentado Celestial*. El 2016 incursionó con la ciencia-ficción publicando la novela *Hamellion* y ha sido partícipe en diversas antologías de horror y misterio. El 2007 fue distinguido con una mención en novela con el Premio Roberto Bolaño y en 2012 obtuvo un *accésit* con el concurso de cuento organizado por la PDI *En la escena del crimen*. Prepara una nueva novela policial *El juego de las bestias*, un ensayo sobre escritores de la Europa Central, y una antología internacional sobre cuentos de vampiros.





La sangre y los cuchillos

de Simón Soto

Por Hache

La Sangre y los cuchillos, cuarto trabajo del escritor y guionista Simón Soto, configura una realidad repleta de soledades y aventuras de sus protagonistas, pertenecientes en ocasiones a la cáfila hampona del popular barrio «Matadero Franklin», condimentando las sufridas historias de vida con elementos propios del género *noir*. Sangre, pasión y sordidez al borde de lo increíble asoman en cada una de las 134 páginas del libro publicado el 2020 por Editorial Planeta y que se constituye en palabras del autor en «una suerte de spin-off de Matadero Franklin», novela publicada el 2018 por la misma editorial.

Cinco cuentos componen el trabajo de Soto, cada uno es un relato que involucra al lector en las situaciones que corren a pelo a lo largo y ancho del libro. En «La última noche» nos encontramos con Torcuato Cisternas, un mafioso que busca ascensión y consolidación en los territorios y negocios que controla, a partir de la violencia y el terror. «El combate bonaerense» es una historia conmovedora, una pelea de box en Buenos Aires que termina viajando más allá del ring, invitando a sus personajes a vivir con intensidad los sueños y anhelos de quienes nacieron en la oscuridad y de pronto la vida abre las persianas del éxito frente a sus ojos. El tercer cuento, «Los amigos de Dávila Larraín» es la historia de Eduardo Marín y Mario Leiva, dos hermanos del destino que el mundo separa y contrapone en el futuro a partir de las virtudes y decisiones de cada uno. «La sangre y los cuchillos» nos invita a visualizar y a recorrer las cantinas y callejones del barrio Matadero a partir de una sabrosa prosa poética que nos evoca el Chile popular de mediados

del siglo XX, consolidando el paisaje cotidiano donde transcurre el resto de la historia. «Juan Diablo» es el relato que pone fin al libro, la historia mítica de un presidiario, a simple vista un sanguinario brutal, pero al final, una víctima de su entorno y miseria cultural. Este relato nos hace cuestionar los orígenes de la violencia en el mundo popular, adentrándonos en los valores y códigos de sus protagonistas.

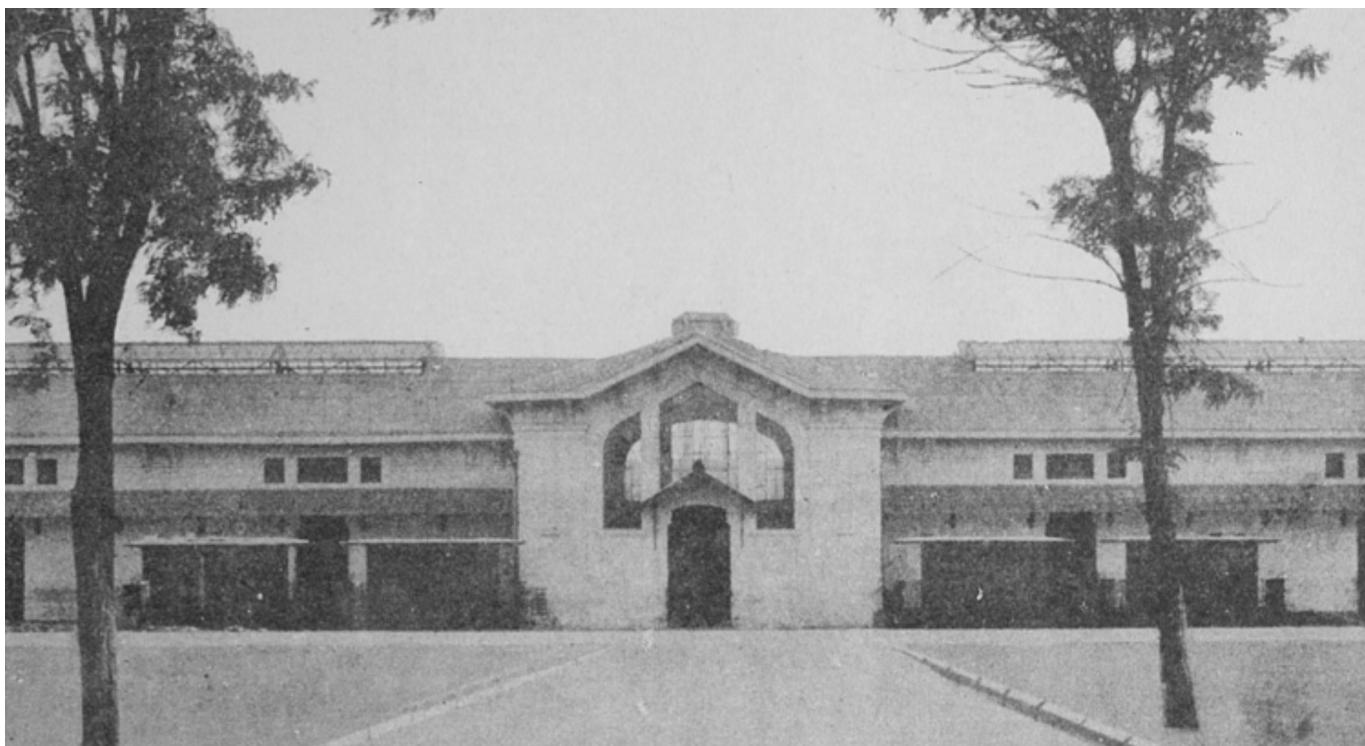
La Sangre y los cuchillos es una invitación a recorrer las calles y cantinas del Matadero Franklin para sentarse en una mesa y, jarro de pipeño en mano, conversar con sus habitantes, trabajadores y pobladores del «matadero» de mediados del siglo XX, personas con vidas asentadas en principios y valores intransables que dan profundidad y dignidad a sus existencias, en medio de un caos que pareciera no detenerse nunca ni discriminar a nadie en su impacto.

Los relatos se sostienen en descripciones que demuestran un amplio conocimiento por parte del escritor del mundo que busca ficcionar, convocando al lector a retornar a un ambiente que pareciera enterrado bajo el concreto de la modernidad pero que aún existe en lo recóndito de la ciudad, gran escenario que rodea la vida de los personajes cuyos diálogos transitan entre lo trascendente y lo cotidiano, dejando entrever que, a pesar de la pobreza, existe una profundidad absoluta en las a veces sórdidas situaciones que transcurren a lo largo de las historias. Boxeadores, matarifes, mafiosos y una variedad de personajes que conviven a duras penas a pesar de los fugaces éxitos de sus empresas.

A lo largo de la lectura del libro fue casi imposible no evocar algunos de los trabajos narrativos de Luis «Paco» Rivano, situando el trabajo de Soto como un aporte a la literatura *noir* que apunta a visibilizar los sectores marginales de nuestra sociedad desde una perspectiva reflexiva, otorgando frescura y continuidad a las letras que se atreven a retratar la vida que se desarrolla en los barrios populares de nuestras ciudades, abordándolos con una visión que rompe con el estigma netamente delictual que se les ha impuesto desde los discursos del poder promovidos por medios incapaces de problematizar la realidad de cientos o miles de personas que son categorizados como delincuentes sin más. Simón Soto acerca las alegrías, tris-

tezas y miserias de personajes que históricamente nos han obligado a creer lejanas y en otras ocasiones hasta folclóricas, como una caricatura de un Chile que nunca hubiese existido. La apuesta es de envergadura y apunta hacia el futuro, renovando y alimentando con profesionalismo las estanterías de la literatura criminal en nuestro país.

Cabe destacar el trabajo artístico de la portada, a cargo de Gonzalo Martínez quien en una simple imagen nos introduce al desbordante contenido del texto, que en definitiva es altamente recomendable para todos los y las amantes del género negro y criminal, o que busquen ampliar el mundo narrativo propuesto por Simón Soto en su novela *Matadero Franklin*. **TN**



Matadero de Santiago (Chile) - Obras Ilustradas.Colección: Biblioteca Nacional de Chile

TRAZAS NEGRAS

Todos los meses lo mejor
Del Noir de Chile y Latinoamérica

Disponibles en: www.delibros.cl

La pequeña entrevista policial

Por Marcos Campbell

Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la Pequeña Entrevista Policial se irán entregando en los próximos números de Trazas Negras.

Preguntas breves, para respuestas breves.

Martín Pérez Ibarra

Viña del Mar, (1966)

«La novela policial es el género literario que mejor describe las raíces socioculturales de la delincuencia».

«Escribo novelas policíacas o negras porque es un buen punto de vista para narrar la pasión, el horror y la belleza de la naturaleza humana. En ella encuentro el espacio para crear los personajes que más me apasionan».

«De mis novelas, la que más me gusta es la que estoy terminando de escribir: *El radiotelegrafista alemán*».

«Mi detective de ficción favorito son, de los nacionales, Heredia, por la profundas raíces con que la saga se amalgama con la historia de la sociedad chilena; y de los extranjeros: Philip Marlowe, que es siempre interesante de releer y ver las películas sobre los libros».

«Mis películas o series policiales favoritas son: *Prime Suspect* (serie policial británica), *Morse* (serie policial británica), y *Lewis*, serie policial británica, sucesora de *Morse*».

Fernando López

Córdoba, Argentina, (1948)

«La novela policial es un género tan vasto que en él pueden caber, al mismo tiempo, el culebrón romántico, el drama, la acción, la aventura, la crónica social, el crimen de Estado, el humor y la ciencia ficción».

«Escribo novelas policíacas o negras porque me permite navegar cómodamente por las pasiones humanas».

«De mis novelas, la que más me gusta es *Odisea del cangrejo*».

«Mi detective de ficción favorito es Heredia».

«Mis tres novelas policíacas iberoamericanas favoritas son *Ciudad santa*, *Adiós muchachos*, *Monstruos perfectos*».

«Mi película policial o negra favorita es *La virgen de los sicarios*».

Lorena Díaz Meza

Miedos I

Quando lo enterramos vi su mano asomarse entre la tierra húmeda. Era como si nos pidiera ayuda, como si se negara a quedarse ahí, donde mamá había decidido que era lo mejor para él. Ella insiste en que estaba muerto, que los golpes fueron suficiente y que con eso nos dejaría de molestar para siempre, que yo no tuviera más miedo. Pero a veces, cuando camino por el sitio, creo sentir que esa mano olvidada florecerá, saldrá de la tierra, descompuesta y furiosa, me tomará de un pie y querrá subir a través de mí, como si en el infierno también existiera la primavera.

Miedos II

A veces sueña que la mano de la abuela sale de debajo de la cama y se mete entre las mantas para pellizcarla, como cuando hacía algo malo. Entonces despierta asustada, enciende la luz, saca la caja que tiene escondida entre los zapatos que ya no usa y revisa que la mano aún esté ahí. Recuerda que la abuela siempre le decía que, cuando necesitara algo, ella le daría una mano. Cuando se repartieron a la abuela todos sabían qué parte le correspondería a ella. Entonces se duerme tranquila, sabe que la cabeza está en la pieza del fondo.

Por necesidad de la empresa

Pasó la lengua, una vez más, por encima de la línea roja que se formaba desde el pecho hasta el vientre, y comprobó que hasta en eso le habían mentido: su jefe no tenía la sangre tan fría.

Confesión I

Devuélvanme mi almohada, que me voy a dormir. Ustedes deberían hacer lo mismo. Con los quejidos del abuelo, llevábamos días sin pegar un ojo. Ahora por fin descansaremos, así que no me miren así. No se enojen, estaba viejo. Deberían haberle cortado las uñas, miren cómo me dejó tratando de defenderse, menos mal que ya no tenía muchas fuerzas. Y que les quede claro: yo no lo maté. Le ayudé a morir, que es muy distinto.

Práctica profesional

Iba a hacerlo tal como salía en el manual: un corte limpio que no implicara mucho dolor, que fuera rápido y que, por sobre todo, no hiciera salir la sangre a borboto-nes para no ensuciar el sillón ni la sala. Pero ella, por un acto reflejo al contacto con el filo helado del cuchillo, se movió, lo que le llevó a él a errar la clavada y, por supuesto, fallar en la línea demarcada con lápiz tinta en el cuello de su víctima.

Ahora, la mujer se desangra sobre el sofá. Le dice que se vaya, que así ya no le sirve y que si va a morir, por favor, lo haga fuera de su departamento, que en el clóset ya no le caben más intentos fallidos y que agradezca que no la obliga a limpiar el desguisado.

Tendrá que seguir practicando. Para poder investigar casos de ese tipo, deben ponerse en el lugar del asesino, así les dijo el comisario, así les enseñaron en la Escuela de Investigaciones.

Burla

Los adolescentes suben hasta la buhardilla y desde la única ventana de la habitación, se lanzan en caída libre. Sus cuerpos quedan atados a la sogá que se anuda a la pata de la cama y los funcionarios del internado no pueden sacarlos hasta que llega la policía a efectuar las pericias. Los adolescentes se pasan la voz: ir a morir al edificio de atrás está de moda. Prefieren eso a las condiciones de vida del recinto. Los niños que duermen en el cuarto piso del pabellón B, están acostumbrados a despertar con el rostro de un compañero balanceándose tras su ventana, tapándoles el sol y sacándoles la lengua. Cualquier día se las van a cortar.

Lorena Díaz Meza (Santiago, 1985)

Licenciada en Letras, profesora de Lenguaje y Comunicación. Ha escrito *Existe* (cuentos), *Bajo llave* (cuentos), *Príncipe busca princesa* (microficción) y *Sangre en el ojo* (microficción), *Huir a mitad de la noche* (nanonovela) y *Piratas de ciudad* (microficción). Es miembro fundadora del colectivo “Señoritas Imposibles: Escritoras de narrativa negra” y del colectivo “REM Red de escritora microficcionalistas”. Es directora y fundadora de “Bibliomicro: Biblioteca Itinerante de microficción Pedro Guillermo Jara” Monitora de talleres literarios y de encuadernación y directora de Ediciones Sherezade.



Donante

Nadie me dijo que la sangre que donara tenía que ser mía. Cuando me retiré con los dos bidones, se quedaron mirándome sin siquiera despedirse. Se deben haber arrepentido, los malagradecidos.

Juan Pablo Ramírez

Cena

- ¿Qué vamos a comer hoy, papá?
- Lo mismo de siempre amiguito.
- Pero ya no queda gente en el barrio.

Ante la mirada ansiosa de su padre, el jovencito supo que había cometido un feo error.

Cuatro dientes

Sentada en el piso en medio del comedor bañado con la luz tenue del foco que se balanceaba cada vez que pasaba el tren, Abigail se dejaba envolver por las sombras largas cuando un recuerdo súbito la hizo sonreír.

Era sorprendente que pudiera acordarse de lo que

había pasado a tan tierna edad, pero las imágenes y las sensaciones eran nítidas: le habían crecido ya cuatro dientes, ante ella se había abierto todo un mundo de posibilidades sensoriales y alimenticias.

Pocos días después del suceso, su tía, entonces apenas una adolescente, llegó de visita y con una energía ansiosa que a la bebé no le cayó en gracia, le hizo upa para decir todas las estupideces que los adultos les dicen a quienes creen inferiores y dignos de ternura. Los cuatro dientes entraron en acción y le mordieron el brazo con fuerza.

Todos se rieron mientras la tía dejaba a la bebé en el suelo y se sobaba la marca del mordisco. Abigail se acordó en ese momento de lo que dijo su mamá “Alegráte, Ale, sos su primera mordida”.

Si hubieran sospechado que aquel acto inocente, esa “primera mordida”, había sido impulsada por un instinto primario natural, un instinto que no había sido disuelto con adoctrinamiento y educación cívica al crecer y que de hecho le había abierto las puertas a lo que en el presente impulsaba sus hábitos, como una especie de religión, no se habrían reído tanto.

“¿Qué sabor tendrá la tía Alejandra ahora?” Se preguntó la chica haciéndose oír por encima del estruendo del tren, mientras arrancaba un buen pedazo de muslo casi crudo, como le gustaba a ella esa carne tan especial, tan llena de historias.

Cincuenta y siete

Era un hecho, sobrenatural o de pura coincidencia, que los hombres de su familia siempre morían a los cincuenta y siete años, la historia era conocida y hasta donde había podido comprobar vivencialmente era cierta. Alfredo tenía cincuenta y seis y faltaban veintidós horas para su cumpleaños.

Juan Pablo Ramírez

Alias Keiji, nació el 88 en Villa Dolores, Córdoba-Argentina. Desde entonces habita en el seno del Valle Traslasierra, en Nono. Desarrolla todas las artes que están a la mano. Su literatura se entrelaza con dinamismo junto a ilustraciones de pluma zen y a creaciones musicales eclécticas. Además del noir, explora prolíficamente el género fantástico a través de una saga futurista cuyo personaje principal se llama Lai Lai. Si tuviera la guita, también haría cine.

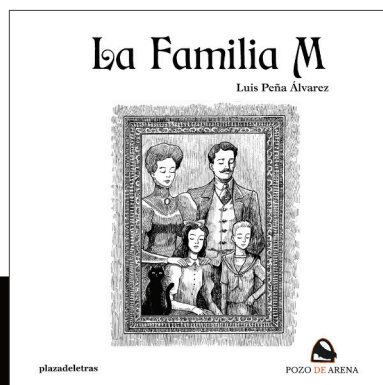


Naturalmente el pánico lo invadió, empezó a deambular por la casa sin rumbo fijo hasta que se topó con la puerta vieja. La casa había pasado de generación en generación y nadie había entrado jamás a esa habitación.

“¿Qué importa?” Pensó “Si mañana me muero al menos voy a hacer algo diferente” y después de un largo forcejeo logró entrar. Su esposa enhebraba una aguja, su hija preparaba un líquido y su madre limpiaba un martillo. Las tres se dieron vuelta para verlo. La luz de las velas proyectaba máscaras de sombra sobre ellas y sobre el grotesco maniquí de múltiples cabezas de caras machacadas y muñones diversos que dominaba la vista de la habitación.

“Te adelantaste unas horas, nene” le dijo la más vieja de las mujeres, avanzando mientras sostenía firme su herramienta. Los ojos desorbitados de su padre, de su tío, de su abuelo y de todos los demás atrapados para siempre en la inmóvil monstruosidad se clavaron en él diciéndole que huyera, pero era demasiado tarde.

TN



La Familia M

Luis Peña Álvarez

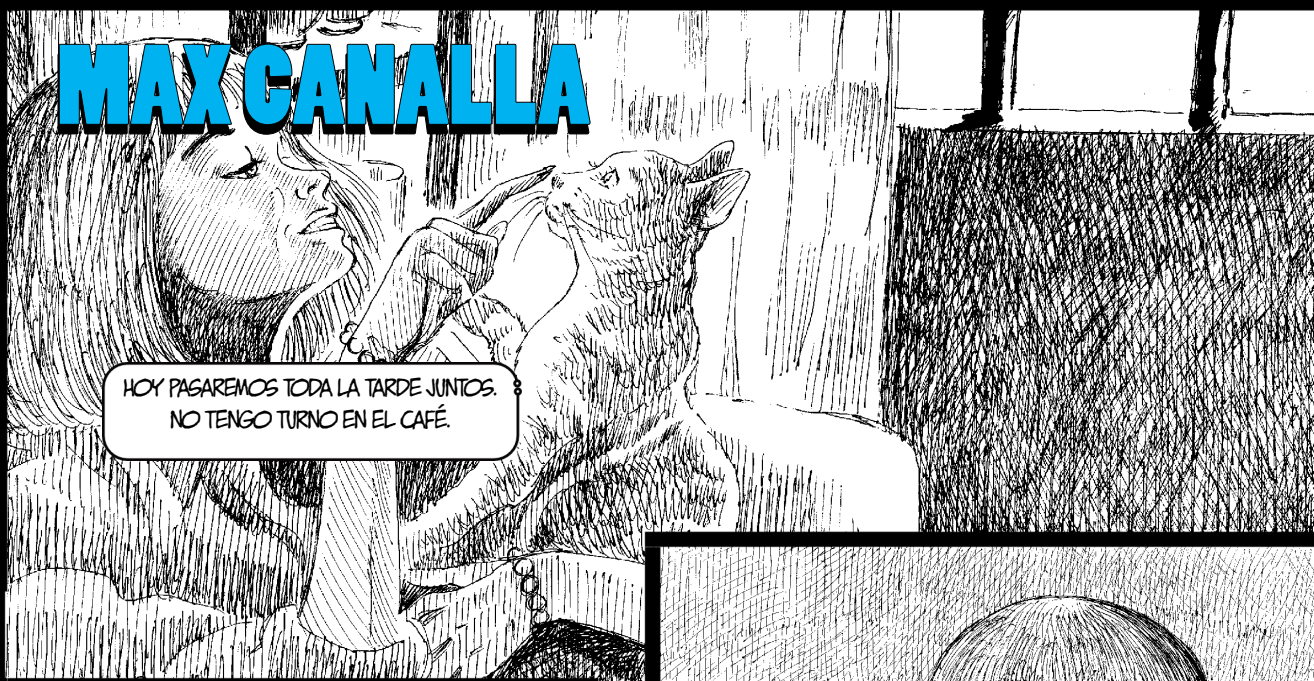
«Siempre es bueno tener libros nuevos para mostrar a los nietos»

«Las ilustraciones que nos recuerdan a Edward Gorey»

ENCUÉNTRALO EN:

www.elclub.cl

MAX CANALLA



HOY PASAREMOS TODA LA TARDE JUNTOS.
NO TENGO TURNO EN EL CAFÉ.




TÚ Y YO TENEMOS MUCHO EN COMÚN.
¿SABÍAS?



NUNCA CONOCÍ A MIS VERDADEROS
PADRES. UN MATRIMONIO ME ADOPTÓ
SIENDO MUY NIÑA.



ESTA ES LA ÚNICA IMAGEN QUE TENGO DE
MI MADRE, ERA HERMOSA, ¿NO CREES?




ATERRADO QUERRÁS DECIR.
VAMOS, MAX. ES UN HOMBRE.
NACIÓ HOMBRE Y MURIÓ HOMBRE.

ME LLAMÓ ATERRADA. ME PIDIÓ QUE
VINIERA A BUSCARLA.

NO HABLES ASÍ DE ELLA. ERA UNA BUENA
MUJER. ME DIJO QUE SABÍA...

SABER ¿QUÉ?
¿QUÉ TE DINO?
TIENES QUE DECIRME TODO

NADA, QUIERO DECIR QUE SABÍA QUE
PODÍA CONTAR CONMIGO. POR ESO ME
LLAMÓ DE INMEDIATO...



MENOS MAL QUE LLEGASTE TARDE,
CANALLA. NO HABRÍAS PODIDO HACER
NADA SIN UN ARMA...

ALGO RARO ESTÁ SUCEDIENDO PACO.
FANCY LLEVABA VARIOS DÍAS SIN
APARECER POR EL CAFÉ.

DEBO SABER QUÉ FUE LO QUE LE
SUCEDIÓ. NO MERECE MORIR DE ESTA
FORMA TAN ABSURDA.

TE HE DICHO QUE NO JUEGES AL POLICÍA,
YA NO ERES UNO DE LOS NUESTROS.
VETE A TU CASA.

TERMINARÁS METIDO EN UN GRAN LÍO ES
SEGUNDA VEZ QUE TE ENCUENTRO EN LA
ESCENA DEL CRIMEN.

LO SÉ, PACO, LO SÉ.
HAN SIDO TRISTES COINCIDENCIAS.
NADA MÁS QUE ESO.

TENGO UN SUEÑO RECURRENTE EN QUE UN PAR DE HOMBRES NOS ASALTAN A LA SALIDA DE UN MERCADO Y SE LLEVAN A MI MADRE A LA FUERZA...



YO ME QUEDO LLORANDO DESCONSOLADA MIENTRAS ESOS HOMBRES LA SUBEN A UN AUTOMÓVIL. ES EL MISMO SUEÑO SIEMPRE...



MI MADRE ME MIRA DESDE EL INTERIOR HASTA PERDERSE DE VISTA. LUEGO DESPIERTO Y SIENTO UN GRAN VACÍO. ALGUNA VEZ LE PREGUNTÉ A MIS PADRES ADOPTIVOS QUÉ HABÍA SUCEDIDO CON ELLA. ME DECÍAN QUE SOLO ERAN PESADILLAS DE NIÑA...



...MIEDOS QUE ALGUNA VEZ SUPERARÍA, QUE TODO ERA UNA FORMA DE EXPLICAR SU ABANDONO.

NUNCA HE VUELTO A SABER DE MI MADRE, MUCHO MENOS DE MI PADRE. SÓLO SÉ QUE NOS DEJÓ EN CASA DE LOS QUE ME CRIARON ANTES DE QUE YO NACIERA.



QUIERO CREER QUE TODO ESTÁ BIEN. QUE ALGÚN DÍA ENCONTRARÉ A MI MADRE Y PODRÁ DECIRME POR QUÉ ME ABANDONÓ. NO PIERDO LA ESPERANZA. QUIZÁS ALGÚN DÍA ENCONTREMOS A TU DUEÑO TAMBIÉN. ¿NO CREES?...



SR. CANALES, ¿CÓMO HA ESTADO?, ¿QUÉ TAL SE ENCUENTRA SU NUEVO AMIGO? SUPONGO QUE YA SE ACONSTUMBRÓ...




SI TODO BIEN, POR ACÁ. ¿AMIGO?, SE REFIERE USTED A...



POR SUPUESTO ME REFIERO A SU NUEVO COMPAÑERO. CREO QUE PODRÍA VISITARLO UN DÍA DE ESTOS, ¿LE PARECE?




ALGO ME DICE QUE TENDRÉ QUE EMPEZAR A BUSCAR UN REEMPLAZANTE PARA ESA HERENCIA.



EL ABOGADO ME PILLÓ DESPREVENIDO. NO SUPE QUÉ CONTESTARLE. YA HABÍA OLVIDADO POR COMPLETO EL ASUNTO DEL GATO. TAL VEZ PODRÍA PEDIR PRESTADO UNO A ALGUIEN POR UNOS DÍAS. NO CREO QUE NOTARA LA DIFERENCIA. EN ESO PENSABA CUANDO LA VI.

ALÓ, SÍ. VOY ENTRANDO AL METRO. LA SEÑAL ES BAJA, LO PODRÍA LLAMAR MÁS TARDE. APENAS LE ESCUCHO.

CRUZÓ LA CALLE DISTRÁIDA. YA LO HABÍA NOTADO EN EL CAFÉ PERO NO LE DI IMPORTANCIA. SABÍA QUE SU ROSTRO ME ERA FAMILIAR. FRENTE A FRENTE PUDE OBSERVARLA CON DETENCIÓN...



HOLA, ¿ME RECUERDA? NOS VIMOS EN EL CAFÉ. QUISIERA HACERLE UNAS PREGUNTAS SOBRE SU COMPAÑERA DESAPARECIDA...

HOLA, CLARO QUE LO RECUERDO... ¿ES USTED POLICÍA?

...ERA TAN JOVEN Y A LA VEZ TAN PARECIDA A OLGA.

Patricia Highsmith, la indomable

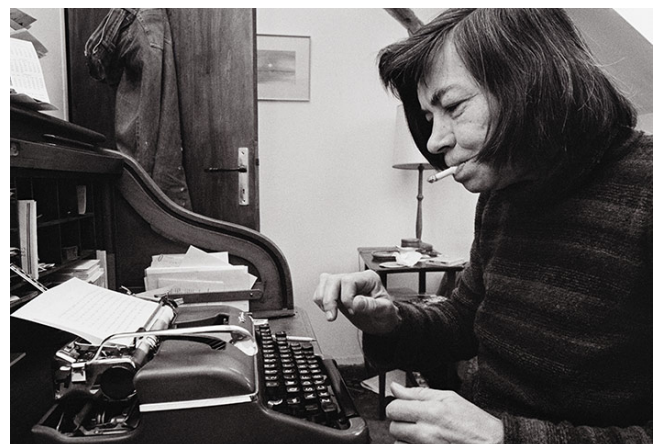
por Fernando López

Decir de Patricia Highsmith que fue una escritora excepcional es decir poco, casi como no decir nada. Antes decir que tuvo una vida difícil y con los años su carácter se fue agriando al punto de elegir la soledad compartida con un gato negro totalmente inexpresivo. En este mundo patriarcal consuetudinario las mujeres se han rebelado de distintas maneras contra esa supremacía machista que no tiene una explicación distinta a la que suelen darle quienes hablan de supremacía blanca, por dar un ejemplo, que parecen tener un solo objetivo en los calendarios con que se manejan: dominar, estar por encima, explotar, aniquilar, destruir todo cuanto no les sirve o ha dejado de servirles.

¿Cuál se supone que habría sido el destino de Patricia, nacida en Fort Worth en el Estado racista y opresor norteamericano de Texas en 1921, en un hogar de padres divorciados antes de su nacimiento, hija de una madre que intentó abortarla bebiendo aguarrás (en el relato «Tortuga» el personaje mata a su madre), criada por sus abuelos y homosexual, según confesa desde muy joven, alcohólica, acusada de misantropía y de misoginia, cuál habría sido, digo, su destino, si en 1950 no se hubiese publicado su novela *Extraños en un tren*, obra maestra del suspenso llevada al cine en 1951, adaptada por Raymond Chandler y dirigida por otro genio, Alfred Hitchcock y que se burlaba de los premios que le otorgaban colgando los certificados en el baño, un lugar menos pomposo, decía, que el living o el escritorio? Es difícil saberlo, quizás su inteligencia le habría ayudado a sortear el destino previsto para la gente diferente, por raza o por mujer o por pobre o por lesbiana, pero también, quizás, cualquier otro oficio le habría birlado la posibilidad de destacarse como lo hizo en el mundillo literario y cinematográfico del mundo.

Venerada como escritora por lectores y escritores como Graham Greene, Rosa Montero o Peter Handke, a la altura de Agatha Christie, de P. D. James y de Fred Vargas, Highsmith se merece largamente este homenaje al cumplirse 100 años de su nacimiento en enero de 1921. «Uno cierra la mayoría de sus libros convencido de que el mundo es un lugar mucho más peligroso de lo que jamás había imaginado» (dijo Julian Symons en *The New York Times* al reseñar *El grito de la lechuza*).

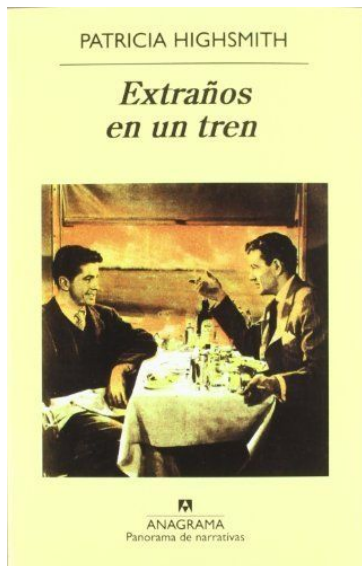
Luego de aquella primera novela exitosa (hubo una anterior que nunca vio la luz), en 1952 aparece *The Price of Salt* (*El precio de la sal*, de la vida, claro), rechazada en principio por la editorial debido a su temática lésbica y llevada al cine con el título *Carol* por Todd Haynes en 2014. Novela veladamente autobiográfica en la que narra el encuentro y posterior romance entre dos mujeres de edades y condiciones sociales diferentes en la Nueva York de mediados del siglo XX. Es la única de Highsmith que no tiene estructura de novela negra y apareció firmada con el seudónimo de Claire Morgan, para ocultar no solo su identidad sino también sus preferencias amorosas a una sociedad puritana que no toleraba la sexualidad ni las



aventuras entre seres del mismo sexo y edades diferentes. Su novela apareció tres años antes que la *Lolita* de Nabokov, en la que también sobrevuela ese tufillo inmoral e incestuoso que le dio resonancia mundial. Highsmith solo reconoció su autoría en el prólogo de la edición londinense de 1989, titulada precisamente *Carol* y que firmó con su nombre.

A pesar de ser una mujer atractiva para las mujeres y para los hombres, nunca tuvo una relación amorosa que durara más que unos pocos años. La escritora Marijane Meaker fue su pareja más estable en una relación tormentosa, que llevó a Highsmith luego de la ruptura a escribir *El grito de la lechuza*, publicada en 1962. Y al igual que su colega británica P. D. James (1920/2014) que lo hizo en 2008 con su ensayo *Todo lo que sé sobre novela negra*, en 1966 apareció *Suspense*, el libro de Highsmith que nos habla de su experiencia, de los consejos que les da a los escritores jóvenes (en el sentido de maduración literaria) para avanzar en esa ardua pero deliciosa tarea de ficcionar la realidad.

Con más de treinta libros entre novelas, relatos, ensayos y misceláneas que ocuparon los días de una vida generalmente solitaria (alguna vez afirmó que prefería estar sola porque sus ideas cobraban más firmeza), esta mujer se merece holgadamente el lugarcito que se ganó en la historia de la literatura universal. Algunos títulos: *Extraños en un tren* (*Strangers on a Train*, 1950), *El precio de la sal / Carol* (*The Price of Salt*, 1952), *El talento de Mr. Ripley / A pleno sol*, 1955), primera de la serie «Ripley» que incluye cinco novelas. *Las dos caras de enero* (*The Two Faces of January*, 1961), *El grito de la lechuza* (*The Cry of the Owl*,



1962), *La celda de cristal* (*The Glass Cell*, 1964). Los Libros de relatos *Once* (*Eleven*, también conocida como *The Snail-Watcher and Other Stories*, 1970), *Pequeños cuentos misóginos* (*Little Tales of Misogyny*, 1974), *Crímenes bestiales* (*The Animal Lover's Book of Beastly Murder*, 1975), *Sirenas en el campo de golf* (*Mermaids on the Golf Course*, 1985), *Catástrofes* (*Tales of Natural and Unnatural Catastrophes*, 1987), *Los cadáveres exquisitos* (1995) y *Pájaros a punto de volar* (2002). También publicó un libro para niños, *Miranda the Panda is on the Veranda* (1958, coescrito junto a Doris Sanders) en verso y con dibujos y la ya mencionada *Suspense* (*Plotting and Writing Suspense Fiction*, 1966), ensayo en el que la autora nos muestra las entrañas del proceso de creación de una novela de intriga.

También es extensa la lista de premios y nominaciones: 1946, Premio O'Henry al mejor primer relato por «*The Heroine*», publicado en *Harper's Bazaar*. En 1951, 1956 y 1963 fue nominada al Premio Edgar (en homenaje a Poe). En 1964 obtuvo el Premio Silver Dagger (Daga de Plata) a la mejor novela extranjera por *Las dos caras de enero*, otorgado por la Asociación de Escritores del Crimen de Gran Bretaña; en 1975 el Gran Premio del Humor Negro por *El observador de caracoles* y en 1990 fue designada Caballero de la Orden de las Artes y las Letras, otorgado por el Ministerio de Cultura de Francia.

La saga del misterioso y atractivo estafador y asesino serial Thomas Ripley fue llevada al cine en su totalidad e interpretada por actores de la talla de Alain Delon, Denis Hooper, Matt Damon y John Malkovich entre los años 1960 y 2002.

Patricia Highsmith falleció en Locarno, Suiza, el 4 de febrero de 1995 de una enfermedad terminal.

Nota: Texto publicado originalmente en la revista argentina El Corredor Mediterráneo que se distribuye online.

Fernando López nació en San Francisco (Córdoba, Argentina). Abandonó su carrera de juez penal para dedicarse a la escritura. Es autor de numerosas novelas y relatos policiales. Animador de «Córdoba Mata», encuentro de escritores y escritoras del noir latinoamericano. Ha obtenido premios y distinciones por sus obras, algunas traducidas en Alemania, México, Suecia, Estados Unidos e Israel. Su novela *Odisea del cangrejo* fue finalista del premio Planeta Argentina 2004. Lo implacable se titula su último libro, una recopilación de sus cuentos de distintas épocas.

El caso de la esposa del novelista

Grandes detectives chilenos / Los precursores
Beltrán Rojas, creación de Luis Enrique Délano.
Publicado con el seudónimo José Zamora

Era una hermosa joven, de no más de veinticinco años. Vestía de negro y ese color parecía destacar su delicada palidez y la luz que arrancaba reflejos dorados a sus cabellos castaños. El portero de la revista donde trabajo la había anunciado simplemente como una persona que quería verme. Para mí era totalmente desconocida. Parecía un poco nerviosa y le ofrecí asiento.

—Señor Zamora, dijo con una voz que me gustó, quisiera hacerle una pregunta... un poco rara. Leí su cuento del secuestro del cirujano y quisiera saber si... si Beltrán Rojas existe o es sólo producto de su imaginación...

—Beltrán Rojas existe, me apresuré a asegurar, y como me parece que usted está afligida por algo que quizás él podría aclarar, me ofrezco para presentárselo.

Sonrió. La seguridad que yo le daba de que Beltrán no es un personaje de novela, sino un detective de carne y hueso, pareció transformarla. Cobró mayor desenvoltura y confianza y hasta aceptó un cigarrillo que le ofrecí.

—No estoy sólo afligida, sino verdaderamente angustiada —respondió—. Estoy segura de que Beltrán Rojas podría traer la paz a mi ánimo o decirme el camino que debo seguir, en caso de que... las sospechas que tengo se confirmen. Cuando usted conozca el problema verá que no puedo acudir a la policía. Se trata, además, de una cuestión muy sutil, que cualquier detective no comprendería.

Miré el reloj. Faltaban diez minutos para el mediodía. A esa hora era casi seguro que Beltrán estaba en el Do Brasil tomando su tacita de café. Se lo hice saber a la enlutada joven y le propuse que fuéramos en su busca. Aceptó y diez minutos más tarde nos encontrábamos con Rojas, a

quien le presenté a mi acompañante. Por el camino me había dicho su nombre —Lucía Green— y me había adelantado también algunos pormenores del problema que provocaba su ansiedad. Noté que Beltrán, sensible como el que más al encanto de las mujeres hermosas, había abarcado con una sola mirada de conocedor a la enlutada Lucía y parecía satisfecho. El café estaba lleno de las conversaciones de los árabes, de cuantos gozaban de su tacita de express o hacían negocios.

—Con este ruido horrible es imposible hablar aquí —dijo Beltrán—. Podríamos ir a tomar un aperitivo al...

Lucía señaló en silencio su vestido negro.

—¡Oh, perdón!... Tal vez entonces podamos ir a mi casa, o... sentarnos a conversar en un banco de la Alameda...

Eso fue precisamente lo que hicimos. Quien nos hubiera visto a los tres sentados allí —Lucía Green entre nosotros— jamás se habría imaginado que estábamos hablando de un asunto tan endiabladamente dramático y extraordinario. Después de recomendar a la joven que se expresara con confianza, sin omitir detalles y haciendo una historia completa del caso, Beltrán no había vuelto a hablar. Fumando en silencio su Liberty, escuchaba con atención. Lucía había comenzado con algunas vacilaciones, pero a poco andar logró redondear el sentido y el tono que debía dar a su relato y nos ofreció una versión perfecta de los orígenes de lo que Beltrán llamó más tarde «el caso de la esposa del novelista».

—Mi hermana mayor y yo quedamos huérfanas hace diez años. Hace cinco, Emilia que entonces tenía

veintisiete, se casó con un escritor, un novelista bastante conocido, Raúl Chacón...

—¿El autor de «Semana de muerte»? —pregunté.

—Sí, ése es uno de sus libros. Emilia lo adoraba y los dos primeros años parecían una pareja feliz: se les veía juntos en todas partes, viajaban, ella lo ayudaba en sus trabajos literarios y todo parecía estupendo. Cada vez que la veía, Emilia no se cansaba de hablarme de su marido, de la dicha de su vida matrimonial, y de recomendarme que me casara... Después... las cosas cambiaron, hasta el día del suicidio... Raúl, que siempre tuvo fama de hombre galante, aficionado a los romances rápidos, a las aventuras fáciles, volvió con una especie de frenesí a sus tiempos de soltero: fiestas, conquistas, bebida. Descuidó su trabajo —hace más de dos años que no publica nada—, dejó a mi hermana enclaustrada en su casa... Según he oído decir, está muy enamorado de una pintora que acaba de regresar de Europa. Yo no sé, a mí nunca me gustó Raúl y aunque me guardé mucho de decírselo a Emilia, siempre vi en él una personalidad falsa, algo como un rostro para el exterior, que no correspondía a su verdadero yo... Es difícil de explicar y una no debe fiarse mucho de estas impresiones. Cuando se casaron y vi a Emilia tan feliz, me olvidé de todo esto, pensando que no tenía razón, que mis apreciaciones eran sólo cosas subjetivas... Se interrumpió. ¿Me da un cigarrillo?...

Beltrán y yo sacamos nuestras cajetillas. Lucía vaciló entre el *Liberty* de Beltrán y mis *Cabañas*; al fin se decidió por este último. Dio dos o tres chupadas al cigarrillo antes de continuar.

—Hasta que llegamos al suicidio, que se produjo hace diez días... Una noche, era sábado, unos minutos después de las doce, la empleada —vivían en una casa que se construyeron en El Golf— oyó un disparo que provenía de la pieza que ocupaban mi hermana y Raúl. Se echó un abrigo encima y corrió a ver que pasaba. La pieza estaba cerrada por dentro con llave. Golpeó, pero no se oyó ningún ruido. Raúl no estaba, se hallaba en una fiesta, cerca de allí, a cuatro o cinco cuadras, en casa de un amigo. La empleada (se llama Carolina y acompañaba a mi hermana desde que se casó) llamó a la policía y poco después llegó un radiopatrullas. Mientras dos carabineros intentaban abrir la puerta, el automóvil fue a buscar a Raúl y volvió con él en un estado lastimoso: había bebido y se hallaba perdidamente borracho. Cuando lograron abrir la puerta, apareció el horrible cuadro: Emilia estaba muerta, en su cama, con la sien derecha rota de un balazo. El revólver (era el de Raúl) se hallaba en el suelo, junto a

la cama, cerca del brazo de mi hermana, que colgaba inerte... En el velador hallaron su pluma fuente y una carta, unas pocas palabras... Explicaba la pobre que las desavenencias con su marido le abrían la perspectiva de una vida sombría, y que ella prefería la muerte... El papel se lo llevaron los detectives al día siguiente, pero yo lo leí y lo tengo grabado en la cabeza... Esas horribles palabras de mi hermana son como una obsesión, no puedo olvidarme de ellas. Su carta decía: «La vida así no vale nada. ¿Para qué guardarla? Pasar de un disgusto a otro, de una pelea a otra, vivir como extraños, a veces con odio que se refleja en los ojos, no es vivir. Prefiero la muerte y ella será mi refugio para escapar a una vida que me pesa como una cadena»...

Lucía resistió las lágrimas, que estaban a punto de asomarse a sus ojos. Valientemente se sobrepuso y rompiendo el silencio que había seguido a sus últimas palabras, continuó.

—Bueno, eso es todo. A la mañana siguiente, cuando me avisaron, corrí a la casa de Emilia. Raúl estaba aún medio atontado, los detectives lo revolvieron todo, el juez determinó que el suicidio no merecía dudas, y después de la autopsia sepultaron a mi hermana. Eso es todo... salvo una pequeña cosa, que es lo que constituye la duda que tengo, la que me ha hecho buscarlo, señor Rojas... Hay un contrasentido que no comprendo y estoy segura de que no estaré tranquila hasta que se aclare. Yo le pregunto señor Rojas, ¿cómo puede suicidarse una persona feliz?

Los automóviles pasaban velozmente frente a nosotros. En la esquina, multitudes se precipitaban intentando subir a los troles o a las micros. Miré la hora en el reloj de San Francisco y eran las doce y treinta y cinco minutos.

—¡Pero usted misma ha dicho que su hermana era desgraciada! —exclamó Beltrán.

—Sí, pero lo que no le he dicho todavía es que la víspera del suicidio, el día viernes, Emilia pasó a verme al Ministerio de Economía, donde trabajo, y me dijo que estaba feliz, que dos o tres días antes se había reconciliado con Raúl, que eran dichosos, que como antes le ayudaba en sus trabajos literarios, que estaban preparándose para ir a pasar unos días en Viña del Mar y que proyectaban también un viaje a Europa...

—Eso ocurrió el viernes...

—Sí, el viernes cerca de mediodía. El sábado en la noche Emilia se pegaba un tiro.

Beltrán la mirada atentamente, mientras ella hablaba con vehemencia. Se conoce que algunas preguntas le bailaban en la punta de la lengua, pero estaba esperando para

formularlas que pasara esa racha de elocuencia de la muchacha vestida de negro.

—Pudieron haber tenido un nuevo rompimiento, una pelea, como ella dice en su carta, entre el viernes, en que la vio usted, y el sábado.

—No la tuvieron; mi hermana no salió de casa y Raúl tampoco, hasta la hora de irse a la fiesta, cerca de las nueve de la noche.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo pregunté a Carolina.

Por lo visto, había llegado la hora de las preguntas. Beltrán la miraba a los ojos, mientras decía:

—Su hermana no tenía hijos, ¿verdad?

—No.

—¿En qué estado de ánimo quedó Chacón?

—Al principio, como estaba borracho, sólo parecía embrutecido y lloraba. Al día siguiente, cuando yo lo ví, estaba muy abatido.

—¿Habló usted con él?

—No, salvo un cambio de frases de rigor.

—¿Dónde podré verlo?

—No está en Santiago. Después de los funerales se fue a pasar unos días a Viña del Mar. No volverá hasta dentro de un par de semanas.

—Supongo que será ridículo preguntarle si su hermana tenía algún enemigo...

—No, por supuesto que no los tenía.

—Ya, ya... Los amores de Chacón con la pintora ¿eran algo serio o simplemente una aventura?

—No sé, pero algunas amigas (usted sabe lo agudas que son las amigas para estas cosas) solían decirme: Ayer vi a tu cuñado con esa pintora tan sonada...

Beltrán había encendido un nuevo cigarrillo.

—Volviendo a la carta que dejó su hermana... ¿Estaba firmada?

—Sí... por ese lado no tengo duda alguna. Conozco la letra de Emilia como la mía propia.

Clavándole los ojos, Beltrán le dijo:

—¿Usted sospecha que su cuñado mató a su hermana, no es eso?

Lucía vaciló.

—No me atrevo a sospecharlo —dijo finalmente—. Es muy grave siquiera un pensamiento de esa naturaleza. Raúl es tal vez... un mal bicho, pero no lo creo un asesino... Yo solo quiero que la contradicción que hay en todo esto me sea explicada por una persona que sepa razonar y que sepa investigar, como usted... Después, no diré nada, pensaré que las cosas ocurrieron así, que es una

tremenda desgracia y nada más. Ojalá, señor Rojas, pueda usted calmar mi cerebro atormentado... Le pagaré, estoy muy lejos de ser rica, pero trabajo y...

—No hablemos de eso —interrumpió Beltrán—. ¿Podría acompañarme a casa de su hermana? Es necesario conocer los lugares...

—Por supuesto. Esta tarde, usted puede esperarme en el ministerio. Salgo a las seis... Como no está Raúl podrá investigar a su gusto.

—Convenido, señorita Green. La recogeré a las seis.

Ella se había levantado, y después de saludarnos y agradecernos se alejó hacia Ahumada. Su silueta era elegante. Caminaba con gracia, sus pasos eran largos y rítmicos. Nosotros habíamos vuelto a sentarnos en el banco, después que ella se despidió.

—¿Qué le parece el caso? —pregunté a Beltrán.

—La muchacha es inteligente —respondió mi amigo-, pero puede estar viendo visiones, llevada por el cariño hacia su pobre hermana. Pero vamos a dividirnos el trabajo, José: mientras yo voy a investigar en casa del novelista, conversa tú, que tienes más facilidades, con los detectives que atendieron este caso y busca antecedentes de Raúl Chacón y de la vampiresa pintora...

—¡Caramba! —interrumpí—. Se nos olvidó preguntarle quien era esa vampiresa...

—Inútil, José. La única pintora que acaba de regresar de Europa es Marina Morín...

—¡Claro, tienes razón!

—Trata de conversar con alguien que haya estado en la fiesta famosa la noche del suicidio. A qué hora llegó Chacón, a qué hora salió, cómo se comportó y todo lo demás... Apenas tengas algo, me llamas a casa o nos juntamos a mediodía en el Do Brasil... Hay que hacer algo por esta muchacha. Es sensible, inteligente... y linda, ¿no te parece?

No puedo negar que la misión que me encomendó Beltrán Rojas me había llenado de orgullo, pues me elevaba a la categoría de detective, de colaborador directo suyo. Esa misma tarde me di una vuelta por Investigaciones y conversé con los agentes que habían acudido al llamado de los carabineros la trágica madrugada. Mis preguntas eran indirectas. No podía decirles que necesitaba los datos para publicar una crónica en la revista, porque era un asunto que los diarios no habían tocado, quizás por consideración a un escritor conocido, como Raúl Chacón. No podía decirles tampoco que trabajaba para Beltrán Rojas, porque allí no lo querían mucho, desde una especie de duelo detectivesco que había sostenido con el jefe de la

Brigada de Homicidios, y que algún día relataré. Además, nunca los investigadores oficiales quieren a los detectives privados, a quienes consideran intrusos, diletantes, vulgares aficionados. Soslayando, pues, el suicidio mismo, empecé a hablar de Chacón, a quien dije que había visto el día anterior en Viña del Mar. Cuando el tema entró en la conversación, escuché frases como “un desgraciado que se emborrachaba mientras su mujer se pegaba un tiro” y otras que me hicieron comprender que allí nadie albergaba duda alguna sobre el suicidio, como las que embargaban el ánimo de Lucía Green. Algo importante, sin embargo, saqué en limpio, y fue la lectura de una copia del parte en que se transcribía la conversación del detective Segundo Morales con el poeta Jaime Cramer, en cuya casa había tenido lugar la fiesta. De acuerdo con las declaraciones del dueño de casa, casi todos los invitados habían llegado a la hora fijada, las nueve de la noche, y Chacón no había sido una excepción. Desde el principio se le vio acercarse asiduamente al lugar donde estaban las botellas y beber sin descanso. Prácticamente antes que los invitados terminaran de comer, el novelista estaba borracho. No se movió de allí hasta que lo recogió el radiopatrullas. Cualquier cargo que alguien hubiera querido hacerle resultaba ridículo ante la coartada inquebrantable. En el parte aparecían los nombres de algunos de los invitados a la fiesta. Entre ellos figuraba el de Mariana Morín, la pintora que le tenía el seso trastornado a Raúl Chacón, y, ¡oh, suerte!, el de Carlos Maza, un escritor que se contaba entre mis amigos íntimos desde que le hice una entrevista, hace diez años, al regresar él de un viaje a la Isla de Pascua.

Me despedí de los amables detectives y corrí a la casa de Maza, en la segunda cuadra de la calle Amunátegui.

—Vengo a quitarte diez minutos, Carlos —le dije—. El sábado antepasado estuviste en una fiesta en casa del poeta Cramer. Quiero que me des algunos pormenores de esa reunión... Es muy importante para mí.

—Si es para publicarlo en la revista...

—Te doy mi palabra que no es para publicarlo en la revista ni en ninguna parte.

—Bueno... ¿Qué te interesa saber?

—Todo. Cuéntame lo que pasó, cómo era el ambiente, quiénes estaban, de qué se habló...

—Ya... Pues había unas veinte personas o un poco más: escritores, pintores, un redactor de El Mercurio, el escultor Caviedes... A las 9 y media, cuando yo llegué, ya estaba casi todo el mundo. Cramer, tú sabes que es rico, hace las cosas en grande... Había trago a discreción,

whisky y todo lo demás. Tanto, que algunos se emborracharon como carreteros, como por ejemplo ese pobre Raúl Chacón, cuya mujer se suicidó esa misma noche...

—¿Habitualmente bebe mucho Chacón?

—No... Bebe, pero con cierta moderación. Tengo la sensación de que había tenido un disgusto con su nuevo amor, la pintora Mariana Morín... El caso es que cuando terminó la comida, Raúl ya estaba fuera de combate, medio recostado en un diván, en silencio... Nosotros hablábamos de novelas, de poemas, de cuadros de exposiciones, “pelábamos” a los críticos, les sacábamos el cuero a algunos libros recién publicados... Muy propio de los literatos, como sabrás... Había distintos grupos, la conversación no era general. Comimos muy bien y bebimos mejor... Fuera de esto, no creo que ocurriera nada importante hasta la llegada del radiopatrullas, cerca de la una de la mañana... Esta irrupción tuvo dos fases dramáticas: la primera fue, cuando al llegar, el auto de los carabineros casi destrozó la bicicleta de Lidia, la mujer de Jaime Cramer, que es una consumada ciclista. Lidia, que había tomado sus copas, «elevó» a los pobres carabineros por el «crimen» que acababan de cometer. ¡Tienen que pagarme la compostura!, gritaba. Pero los carabineros iban a buscar a Chacón, porque algo irregular ocurría en su casa, y lo encontraron como una cuba, durmiendo en una de las habitaciones de la casa... Después supimos que lo que ocurría era nada menos que el suicidio de su mujer... Y... creo que eso es todo, José.

—Bien, gracias, me sirve mucho lo que me has contado.

—Pero no vas a publicarlo.

—No, ya te prometí que no.

Y lo dejé un poco intrigado, al marcharme feliz con mi bagaje de datos, que Beltrán ya sabría interpretar.

Siempre he creído que Beltrán Rojas abusa un poco de mí. En este caso, su inconsecuencia fue manifiesta, pues mientras yo corría de un lado para otro, sonsacaba a los detectives, arrancaba confidencias a Carlos Maza, escribía después, en la noche, una relación completa, para no olvidar un solo detalle, Beltrán, acompañado de la hermosa Lucía Green, se daba un paseo por El Golf para hacer sus investigaciones con la mayor calma. Ni siquiera quiso contarme en qué habían consistido esas investigaciones. Lo supe más tarde por Lucía Green, pero lo incluyo a continuación de mi propio trabajo detectivesco con el fin de guardar el orden cronológico del relato.

La casa era un amplio bungalow en una hermosa calle con árboles. Delante de ella había un jardín y Beltrán es-

tudió primero la topografía. Penetró en el cuarto del matrimonio —tenía una amplia ventana al jardín— donde Emilia se había disparado; recorrió las otras habitaciones, fue hasta aquella en que dormía Carolina, la empleada doméstica, la noche del suicidio. Se detuvo más de una hora en el estudio de Chacón, donde éste escribía aquellas novelas que el público se arrebatava: «Semana de muerte», «El camino de la noche», «Viaje sin brújula» y tantas otras. Beltrán estudió atentamente los anaqueles repletos de libros, abrió los cajones de la mesa donde escribía, hojeó los originales de la novela en preparación, «Los ojos cerrados», y que Chacón guardaba cuidadosamente en una carpeta. Quizás aún no los había corregido, pues para originales parecían demasiado limpios y parejos, en carillas iguales, escritas a máquina, a doble espacio. Después pidió a Lucía que llamara a la empleada doméstica, una mujer de cincuenta y cinco años, limpia, de severo rostro.

—La señora y don Raúl no se llevaban muy bien, ¿verdad? —preguntó dando a su voz un tono neutro, impersonal.

—Eso ya me lo preguntó la policía —respondió la mujer.

—De todos modos —intervino Lucía—, le ruego conteste al señor, Carolina...

—Está bien, señorita Lucía... Si usted me lo pide... Y mirando a Beltrán Rojas: El señor y la señora se llevaban mal.

—¿Desde cuándo?

—Uf... hace ya mucho tiempo. No se comprendían... Ella lloraba mucho, pero nunca se confió a mí... El señor salía todo el tiempo, a sus cosas y sus fiestas, y doña Emilia se quedaba sola, sola y llorando... La noche del sábado...

—Después hablaremos de la noche del sábado, señora Carolina —dijo Beltrán con tono amable—. Dígame ahora: el día antes del suicidio, ¿hubo una reconciliación entre ellos?

—No sé, señor. Yo no los vi reconciliarse, pero la verdad es que las relaciones no estaban tan tirantes... Dos días antes de... de la tragedia, les traje las “onces” aquí, a esta sala, donde estaban trabajando. El le dictaba y la señora escribía...

—¿A máquina?

—No, a mano.

¿Dónde guardaba el revólver su patrón?

—Ahí, en ese cajón del escritorio.

—¿Con llave?

—No, señor, aquí no hay nada con llave. Como no hay niños... Eso es lo que faltaba: niños... Si los hubieran tenido, las cosas habrían sido distintas.

—Estoy de acuerdo con usted, señora Carolina... Después de los funerales, cuando su patrón se fue a Viña del Mar, ¿se llevó algunos papeles de su escritorio?

—No, ninguno.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me llamó y me dijo: «Carolina, estoy muy cansado y quiero cambiar de ambiente; me voy a la playa... Arrégleme una maleta con la ropa indispensable». Yo le arreglé la maleta, la cerré y la puse en el taxi.

—Muy bien, pasemos ahora a la noche del suicidio. Cuando sonó el disparo, ¿usted dormía?

—Sí, señor, dormía profundamente. Soy muy pesada de sueño y me desperté con la idea de haber escuchado un tiro... Esa noche, don Raúl no comió aquí. La señora tomó una taza de café —pobrecita, la última de su vida— y se fue a acostar temprano. Yo me recogí como a las diez...

—Bien, cuénteme lo que pasó y yo la interrumpiré con algunas preguntas. Usted saltó de la cama...

—Sí, al principio dudé un poco, pero luego creí que sí que había sido un balazo... Salté de la cama, me puse un abrigo, encendí la luz y corrí a la pieza de la señora. Golpeé la puerta, grité, moví el picaporte, pero todo fue inútil... Entonces, pensando que algo malo había ocurrido, llamé al radiopatrullas por teléfono. Cuando llegaron, dos carabineros bajaron para ayudarme a forzar la puerta. Yo les pedí que fueran a buscar a don Raúl, que estaba en casa del señor Cramer...

—¿Cómo sabía usted que estaba en esa casa?

—Porque se lo dijo a la señora delante de mí, antes de salir... Iba mucho donde el señor Cramer, que vive cerca de aquí.

—Muy bien... ¿Qué pasó entonces?

—Los carabineros empezaron a tratar de abrir la puerta, me pidieron otras llaves, a ver si alguna servía, pero fue inútil...

—¿No se les ocurrió ver si estaba abierta la ventana que da al jardín?

—No, señor, no se nos ocurrió, porque en eso volvió el radiopatrullas. Traían al señor... bueno, usted sabe, en muy mal estado... Los cuatro carabineros empezaron a empujar, hasta que el pestillo saltó y se abrió la puerta. Entonces vimos lo que pasaba... La señora...

—Ya, ya... ¿La luz estaba encendida?

—No, señor, estaba apagada.

—Muy bien, señora Carolina. Ahora fijese bien en lo que le voy a preguntar... Cuando usted arregló la pieza, al día siguiente, ¿no encontró nada de raro? Algo que le llamara la atención, cualquier cosa, por muy insignificante que le parezca, pero que estuviera fuera de lo común... Un palo de fósforo, qué se yo...

La mujer pareció concentrar su atención, pero el esfuerzo no arrojó ningún resultado positivo.

—No encontré nada, señor.

—Bien, muchas gracias, señora Carolina.

Fue cuando ya habían salido que la mujer los alcanzó.

—Señor, me quedé pensando en lo que me preguntó. Seguramente no tiene ninguna importancia, pero me acordé de algo que hallé no en el dormitorio sino en el jardín, junto a la ventana de la pieza de la señora. Hallé un cartón, un pedacito de cartón, más chico que una caja de fósforos...

Los ojos de Beltrán brillaron.

¿Lo tiene usted?

—No, señor, lo tiré a la basura...

—¡Ah!... Muchas gracias.

Fue al día siguiente cuando el problema se aclaró, después de la visita que hice a Beltrán Rojas. Lo encontré en la sala de su pequeña casa, arreglando los libros, ordenando los muchos objetos que tenía en vitrinas y anaquelos, y de los que algún día me ocuparé, pues revelan una faceta muy interesante de la personalidad de mi amigo.

—Hombre, te ha dado por el orden...

—Es que voy a recibir una visita, una encantadora visita...

—Si quieres te dejo y hablamos después...

—No, José. Se trata de Lucía Green.

—¡Ah!...

—Bien, dejemos esto y cuéntame tus investigaciones. ¿Conseguiste algo útil?

—¿Algo?... Mil cosas, Beltrán. Oye...

Y le relaté mis investigaciones del día anterior. Beltrán escuchó sin interrumpirme ni una sola vez. Parecía impresionado.

—Hay algo fantástico en todo eso —me dijo—: La bicicleta.

—¿Qué bicicleta?

—La de la señora Cramer, la bicicleta atropellada. Espérate, voy a tratar de averiguar algo...

Buscó en la guía el número telefónico de Jaime Cramer y llamó.

—Aló... Con la señora Cramer... Sí, de parte del Departamento de Radiopatrullas... Sí... Y después de una

pausa: ¿Aló?... ¿La señora Cramer?... Sí, señora, es por la bicicleta que fue aplastada la otra noche por el auto de radiopatrullas... Sí, quiero saber lo siguiente; ¿a qué hora dejó usted la bicicleta en la puerta de la casa?... ¿Cómo?... No la dejó usted ahí... ¿Y dónde la dejó?... Ah, en el garaje... Bien, muchas gracias, señora... Sí, sí, por supuesto que se le pagarán los daños... Hasta luego.

Beltrán Rojas me miró a los ojos.

—Todo está claro —dijo—. Es el último detalle que me faltaba. No fue suicidio. Fue un vil y bien planeado asesinato.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Beltrán fue en persona a abrir y volvió acompañado de Lucía. Nos sentamos y el dueño de casa distribuyó cigarrillos.

—Bien, Lucía —dijo—. Su inteligencia no la engañaba: no fue suicidio. Antes que usted llegara, le estaba diciendo a José que era un crimen vil, diabólicamente organizado y ejecutado.

La muchacha sacó un pañuelo de su cartera negra y se limpió las lágrimas que esta vez no se esforzó en contener. Respetamos su explosión de dolor y sólo cuando ella se hubo serenado y pidió a Beltrán que se explicara, este empezó a hablar.

—Por razones que desconocemos, Raúl Chacón hace mucho tiempo que había dejado de querer a su esposa. Se enredó en mil aventuras, pero la última, el romance con la pintora Mariana Morín, se transformó de amorío primaveral en una perturbadora pasión. Es posible que haya propuesto a su hermana el divorcio y que Emilia, que lo amaba aún ardientemente, se haya negado a oír hablar de eso. Entonces en su mente se fue incubando la idea de deshacerse de su mujer, pero de un modo inteligente, preciso, perfecto, para hacer aparecer el crimen como un suicidio. Lo planeó todo para la noche del sábado antepasado, porque como iría a la fiesta de Cramer, podía prepararse una excelente coartada. Dos o tres días antes fingió una reconciliación con su hermana. ¿Para qué? La respuesta es muy sencilla y da idea de la diabólica habilidad de este hombre: para que le sirviera de secretaria y poderle dictar, como si fuera parte de la novela que estaba escribiendo, la página que la justicia tomaría después como la despedida de ella antes de suicidarse... ¿Entienden?

Un silencio de muerte reinaba en la sala. Era increíble, era terrible... pero era la verdad.

—Revisé los originales de la novela que Chacón está preparando, «Los ojos cerrados», y en ella no aparece mujer alguna que tenga dificultades conyugales o que quiera

suicidarse. Chacón se aprovechó de que su esposa no conocía el tema de la obra y al llegar a una nueva página, le dictó las líneas que usted sabe de memoria, Lucía, que son la despedida de una suicida, pero una despedida muy indirecta. No podía hacerlo de otra manera, porque hasta la propia Emilia habría entrado en sospechas... Bien, lleguemos al día sábado. Chacón le dice a su esposa delante de Carolina (tiene buen cuidado de hacerlo) que va donde los Cramer, se despide y llega a una fiesta, a cuatro cuadras de su propia casa, donde hay de veinte a veinticinco personas. Se mezcla con los demás, parece estar borracho y después de la comida es llevado a una pieza para que descanse. Se tiende sobre una cama y finge dormir. Pero Chacón no duerme. Se levanta, sale de la casa por la puerta trasera, coge en el garaje la bicicleta de la esposa de Cramer y en un par de minutos está en su casa. Todo está en silencio, todos duermen. Deja la bicicleta junto a la puerta, penetra en el cuarto de su esposa, cierra la puerta con llave, desde dentro, y abre la ventana que da al jardín para prepararse la salida. Pone sobre el velador la hoja que Emilia inocentemente ha escrito y a la cual él ha agregado la firma de su esposa, apoya el cañón sobre la sien de Emilia y dispara. Lleva guantes para evitar las huellas digitales; marca las de su esposa en el gatillo y salta rápidamente por la ventana, que asegura desde fuera con un pedazo de cartón, puesto que no puede cerrarla desde dentro. El crimen no el ha demandado más de cuarenta segundos. Cuando Carolina, dura de sueño, se pone el abrigo para salir a ver lo que pasa, él ya va pedaleando en la bicicleta, que deja tirada junto a la puerta de la casa de los Cramer, y se introduce en la pieza donde lo han dejado durmiendo su borrachera. Allí espera tranquilamente que Carolina le avise de algún modo que se esposa acaba de suicidarse...

Habíamos escuchado en silencio la explicación de Beltrán Rojas, pero yo tenía algunas objeciones que hacer.

—¿Pero nadie se dio cuenta de que la ventana no estaba cerrada con cestillo?... ¿Y qué hicieron entonces los detectives?

—Los detectives no fueron hasta el día siguiente, José. Esa noche sólo estuvieron los carabineros. Además no habrá sido muy difícil para él cerrarla más tarde, operación en la cual no se dio cuenta que el trozo de cartón había caído al jardín, donde lo encontró Carolina.

—Tengo otra objeción y ésta es seria —dije—. Todo lo que dices que hizo Chacón está bien en un hombre sano, normal, pero no en un borracho. ¡Prueba de subir a un ebrio en una bicicleta, Beltrán, y verás lo que pasa!

—Chacón no estaba borracho.

—¿Cómo! Todo el mundo ha dicho que no podía tenerse...

—Eso es lo que él hizo creer. Fingió que bebía... Pero en una alegre fiesta en que hay veinticinco personas, nadie se fija si alguien bebe o no bebe... He ahí otro detalle tremendo: Chacón se emborrachó, pero después de cometido el crimen. Me imagino que habrá dejado una botella en la pieza donde estaba recostado. Al volver, un par de tragos largos de whisky por ejemplo, y lo tendremos oliendo a una legua y borracho perdido...

—¿Es un miserable! —dijo Lucía—. Hay que castigarlo de algún modo. Su crimen no puede, no debe quedar impune. ¡Hombres como ése, sueltos por la calle!

—Repare, Lucía, en que no tenemos ni una sola prueba, ni la sombra de una prueba.

Ella bajo la cabeza, abatida.

—Claro que...

—¿Qué? —preguntó ella, vivamente.

—Podríamos fingir que las tenemos...

—No le entiendo, Beltrán.

Beltrán estiró las piernas, encendió un cigarrillo y dijo:

—Si usted quiere eliminar a un bicho venenoso como ése, no puede hacerlo legalmente. Nadie puede probar: que él dictara la carta a Emilia; que usara la bicicleta de la señora Cramer; que ajustara la ventana con un trozo de cartón; que no estuviera borracho, como tan bien lo hizo creer... Pero puedo sugerirle algo, Lucía: siéntese a mi mesa. Ahí tiene papel y pluma; escriba: «Raúl»...

Automáticamente la joven obedeció. Miró interrogativamente a Beltrán y éste, sin inmutarse, siguió dictando: «Todas las pruebas de tu crimen están en mis manos y hoy las entregaré a la policía: un perito calígrafo ha atestiguado que la firma de la carta que tú le dictaste a Emilia, haciéndola creer que era una parte de tu novela, es falsificada; tengo el trozo de cartón con que aseguraste la ventana después de cometido tu crimen; una hilacha de tu pantalón quedó prendida al pedal de la bicicleta de Lidia Cramer y cuento además con el testimonio de dos escritores que estuvieron en la fiesta de Cramer y encontraron vacía la pieza en que fingías dormir, a las doce diez de la noche, la hora precisa en que matabas a Emilia. Estás perdido y no podrás escapar al castigo que mereces»... Muy bien, Lucía, firme y despache esa carta.

La decisión brillaba en los ojos de la joven.

—Nunca olvidaré lo que le debo, Beltrán... ¡Pensar que yo creía que usted era un mito, un producto de la imaginación de José Zamora!

—Usted no me debe nada, Lucía. Sólo su inteligencia y un error de Chacón permitieron llegar a la verdad.

—¿Qué error? —pregunté.

—Error de imprevisión. Él debió prever que Emilia vería a Lucía para contarle la reconciliación. Pudo evitarlo, pero no se le pasó por la mente hacerlo. Y lo increíble lo resumió Lucía cuando nos dijo: «¿Puede suicidarse una persona feliz?».

Ayer llamé por teléfono a Beltrán.

—Leíste «Última Hora» de hoy?

—No. ¿Qué trae?

—Un parrafito muy interesante. Escucha: «Viña del Mar. Viva impresión causó anoche el suicidio del conocido escritor Raúl Chacón, autor, entre otras, de las novelas “Camino de la noche”, “Semana de muerte” y “Viaje sin brújula”, que obtuvo hace algunos años el Premio Municipal. Un amigo del popular novelista nos expresó que el suicidio de Chacón era un acto

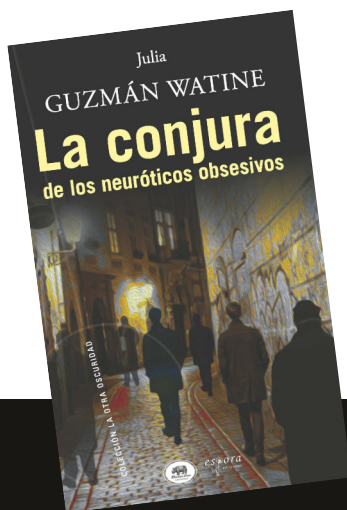
emocional provocado por el reciente fallecimiento de su esposa, que se quitó la vida hace dos semanas en Santiago».

—Perfectamente exacto —dijo Beltrán y cortó la comunicación.

Este cuento de Luis Enrique Délano fue publicado con el seudónimo José Zamora, en la Revista “En Viaje” N° 281. Santiago, marzo de 1957.



Luis Enrique Délano (1906-1985), Premio Nacional de Periodismo y destacado autor de novelas como *En la ciudad de los Césares*, publicó obras policíacas en Argentina y México con los seudónimos Mortimer Grey y José Zamora. En la revista *En viaje*, de la Empresa de Ferrocarriles del Estado, Luis Enrique Délano, con el seudónimo de José Zamora, salieron por los años 50 varios cuentos suyos protagonizados por el detective privado Beltrán Rojas. Entre ellos destaca «El caso de la esposa del novelista», que hemos rescatado en esta ocasión para **Trazas Negras**.



Colección «La otra oscuridad»

La conjura de los neuróticos obsesivos

Julia Guzmán Watine

Rhinoceros

www.espora.cl

Tantos libros *noir*, ¿murieron en vano?

por Bartolomé Leal

Aún cuando es cierto que la mayoría de los aficionados busca en una revista como Trazas Negras que le recomienden buenas novelas (también películas por cierto), no faltan aquellos que buscan estudios, o sea libros que tratan sobre el género policial y negro propiamente tal. Libros que plantean tesis, evalúan períodos y autores, discuten las bondades de tal o cual enfoque, opinan sobre lo que se produce en diferentes países, en fin, lo que sea relacionado con los crímenes literarios. Este redactor se declara particularmente proclive a esa clase de libros. Habiendo leído bastante narrativa durante más de medio siglo, jura que nunca es tarde para aprender algo nuevo que sazone el pertinaz vicio de la lectura.

Y bueno, en esto funcionan las búsquedas, los datos, las intuiciones propias o de personas afines. Una estimada fanática descubrió para mí en la red virtual un libro curioso y me lo ofreció de regalo navideño. Su título: *They Died in Vain* (Murieron en vano). Su tema: una revisión de un centenar de novelas de misterio, pero no las mejores ni las más importantes ni las más conocidas, sino aquellas “ignoradas, menospreciadas y olvidadas” como dice el subtítulo. Cosas del mercado. Lo anterior, por supuesto, al margen de su calidad como productos del género. El tema me preocupa, es ocioso decirlo. No tengo ganas de que a mis propias novelas les ocurra lo mismo cuando yo la difúe: espero no haber malgastado mi vida escribiendo para nadie.

Murieron en vano no es una antología de textos sino una selección de ensayos breves, con autoría de diferentes críticos, referidos a libros notables en el dominio anglosajón injustamente ninguneados durante la historia centenaria del género policial, y que los aficionados busquillas no deberían perderse. Por mucho que la mayor parte de ellos no han sido reeditados, han tenido mala prensa, es-

tán supuestamente pasados de moda, han sido poco traducidos o lo que sea. Naturalmente, no pertenecen a los más bien escasos autores regalones de las editoriales o las ferias del libro, y muchas de tales obras sólo están disponibles en las librerías de segunda mano o de usados o de viejos como se les llama; o en los mercados de pulgas.

Encuentro mencionadas a autoras que había leído alguna vez, con placer. **Linda Barnes**, por ejemplo, la creadora de la pelirroja detective y taxista Carlotta Carlyle, la mejor guía que uno puede conseguir de Boston y, lo garantizo, dueña de una prosa ochentera de lujo. Por su parte, la clásica novela de enigma *Laura* (1943) de **Vera Caspary** ha sido opacada por la magistral cinta de Otto Preminger con la maravillosa Gene Tierney de protagonista (nadie como ella ha trabajado el erotismo de los sombreros), aunque no así en castellano. Fue seleccionada por Borges y Bioy Casares como el N°7 de su colección «El Séptimo Círculo». La novela es un notable *tour de force* literario, ya que juega con el lector al dar la palabra a los diferentes personajes que codician el alma y el cuerpo de la sin par Laura.



Linda Barnes



Vera Caspary

Otra dama del crimen que merece más aprecio es señalada en el libro: **Liza Cody**, inglesa, que creó en los 90 un personaje nada más bizarro, la recaudadora de dinero de sobornos Eva Wylie, por cuenta de los gánsteres bien entendido, y que también las oficia de luchadora con el alias de London Lassassin. Para reventarse de risa, con perdón, en la línea de grandes bromistas del género negro como Donald Westlake y Carl Hiaasen. También graciosa/gracioso es, según el libro, **Manning Coles**, seudónimo de una pareja de ingleses veteranos de la Primera Guerra Mundial, con libros prescindentes de sexo, horror y seriedad. Relajantes historias de espías. Tengo varias novelas de estos autores y no leí ninguna por un buen tiempo; puro prejuicio, lo confieso.

Aparece también entre los olvidados **Loren D. Estleman**, autor en plena producción, con sus novelas de Detroit, donde por cierto pronostica la muerte de esa ciudad. Lo conocemos porque alguna vez una editorial española ilusa lo tradujo. Se menciona su novela *Jitterbug* (nombre de un baile de los años 40), donde asoma incluso un decadente Henry Ford como personaje, junto a un asesino en serie de acaparadores durante la última guerra mundial. El comentarista afirma que Estleman es un estilista fino en la línea de la Santísima Trinidad Negra: Hammett, Chandler y Ross Macdonald.

Son muchos más los autores reseñados y pongo apenas unos pocos a modo de referencia: **Leslie Ford** (de los años 40, competidora de los grandes); **Francis Fyfield** (alternativa a Ruth Rendell en la novela negra inglesa); **Anna Katharine Green** (nacida en 1878), autora del primer best-seller de la novela policial, alabada por Wilkie Collins, Conan Doyle, John Dickson Carr y Agatha Christie por boca de Poirot; y **Ken Kuhlken** que en los 90 escribe una serie inspirada en el cine negro. Así, en *The Loud Adios* (sic), su detective se ve envuelto por los años 40 en un problema álgido para la época: la migración clandestina de mexicanos hacia Gringolandia a través de la frontera. «Nada nuevo bajo el sol» dice el Eclesiastés.



Liza Cody



Anna Katharine Green

Y bueno, aparecen además en el libro nombres conocidos de varias décadas del policial, como **Donna Leon**, **Philip MacDonald**, **Margaret Maron**, **Marcia Muller**, **Marco Page**, **George Pelecanos**, **Elizabeth Peters**, **Richard Prather** (tan bueno como Mickey Spillane entre los autores fachos), **Derek Raymond** (aka Robon Cook), **Bill Pronzini** (más de 80 novelas a la fecha), **Hillary Waugh** (un favorito de Borges y Bioy Casares), etc., etc. Todos/as con obras vastas y valiosas.



Donna Leon

Tal vez sea el destino de muchos autores del género haber escrito joyas que sólo pueden ser descubiertos por lectores osados, y no porque a tal crítico flojo e ignorante se le antoja ensalzarlo, a menudo untado por los editores o libreros. Tal como muchos de esos escandinavos de la escuela «cadáver congelado» promovidos por la mercadotecnia y que no merecen tanto bombo.

El libro *They Died in Vain* (Murieron en vano) fue publicado originalmente en 2002 por una editorial de Carmel, Indiana, U.S.A., y para los que se aventuran a leer en inglés contiene bastantes datos de cómo conseguir los libros: direcciones postales, sitios web, correos electrónicos e incluso teléfonos. **TN**

TRAZAS NEGRAS

Puedes aportar a este proyecto haciendo una donación en nuestro sitio web www.trazasnegras.cl

Próximo número: Julio 2021